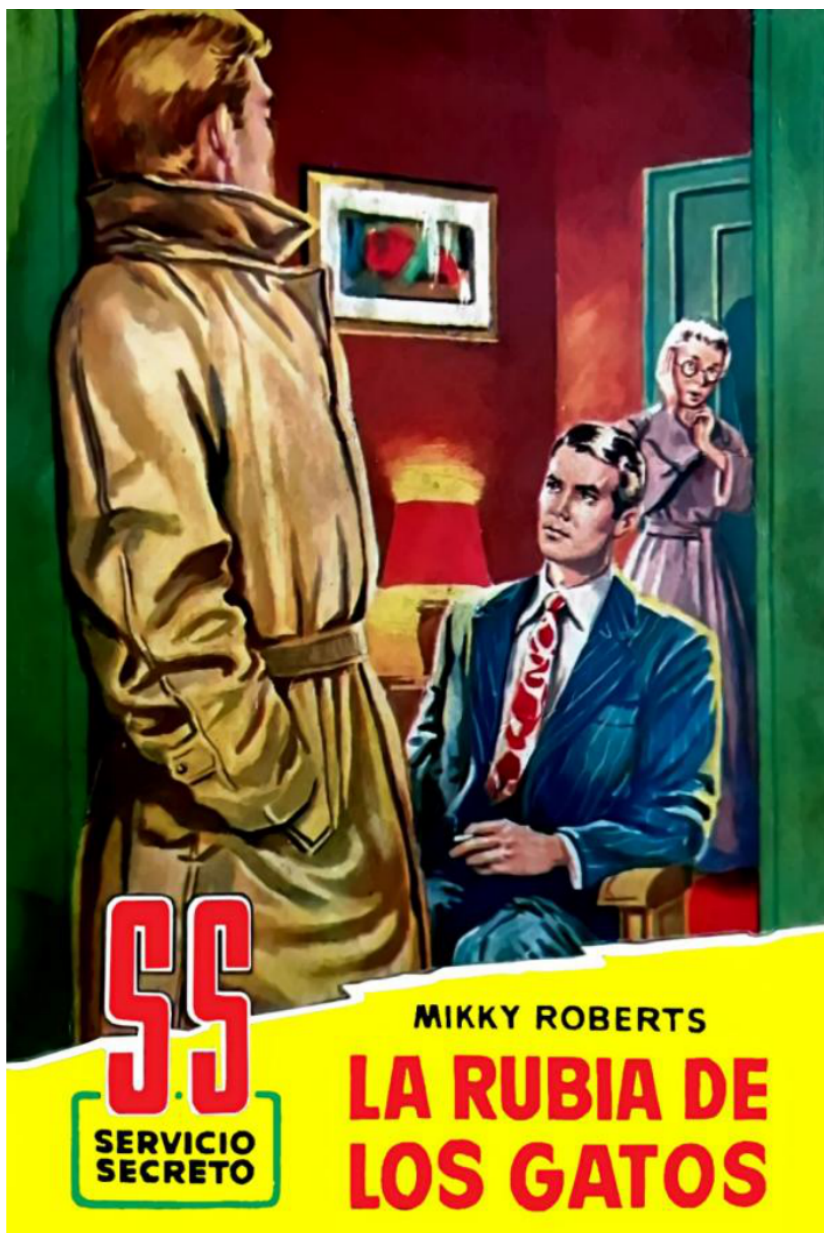




SS

**SERVICIO
SECRETO**

MIKKY ROBERTS

LA RUBIA DE LOS GATOS

MIKKY ROBERTS

LA RUBIA DE LOS GATOS

1ª EDICIÓN
MARZO - 1957



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA



FRANCISCO BRUGUERA - 1957

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**



CAPÍTULO PRIMERO

San Francisco puede ser una ciudad muy pequeña cuando uno va perseguido. Y aquellos dos individuos sabían cuál era su misión. Estaban decididos a todo, y no andaba yo muy seguro de poder librarme de ellos. Eran duros y hábiles. De anchos hombros, cuadradas mandíbulas y cuellos macizos, que denotaban sus aficiones pugilísticas. Eran dos contra uno, más fuertes que yo y con pesados revólveres junto a sus sobacos.

Aqué! era mi día malo. Uno los tiene a veces y entonces lo mejor que puede hacer es quedarse quietecito en casa. Pero yo me empeñé en salir.

Hacía tres días que iban detrás de mí. Por dos veces consecutivas había logrado darles esquinazo, cambiando de residencia y viviendo un poco a salto de mata. Pero aquella situación no podía durar mucho.

Abrí y cerré los puños sobre el volante de mí «Ford» modelo 1955 y aspiré profundamente. Pisé el acelerador todo lo que era posible en Skyline Boulevard y dejé a un lado el Zoo para contemplar el Pacífico en su hermosura mañanera desde Great Highway. Era un espectáculo excitante y lo hubiese sido mucho más si ellos no hubiesen ido tras de mis pasos como reporteros tras la estrella de moda.

Hacía tres meses que no había pagado los plazos de mi coche, comprado de segunda mano, y la Compañía estimaba que necesitaba poner en práctica sistemas más contundentes que los utilizados hasta la fecha para cobrar lo que legalmente le pertenecía.

Puesto en un plano imparcial, me veía obligado a admitir que era lógico su intento de cobrar, pero daba la casualidad de que hacía exactamente ese tiempo que yo no había ganado ni cinco centavos y si quería ganarlos alguna vez, necesitaba tener el coche.

Por tanto, debía huir una vez más... si ellos me lo permitían.

El convertible verde que ellos conducían rodaba suavemente a unos trescientos metros, con una tranquilidad que nada bueno presagiaba para mí. Me daba la impresión de sentirme como la mosca a punto de caer en la tela de araña o, mejor aún, como el infeliz ratoncillo con el que juguetea un ronroneante gato de ahíta panza. Sabía lo que me esperaba. En cualquier callejuela, ellos se adelantarían, me obligarían a parar y mi cuerpo serviría durante unos minutos de saco de arena para que aquellos mastodontes hiciesen puños. Después, limpiándose unas motas de polvo de la solapa, se largarían llevándose mí «Ford».

Me introduje de súbito por Lincoln Way, apretando a fondo el acelerador, para penetrar velozmente en Golden Gate Park todavía no muy visitado a aquella temprana hora. Las ruedas chirriaron por lo forzado del viraje y una nube de polvo se levantó a mi espalda cuando enderecé el vehículo a toda velocidad. Si tenía suerte, aún podría despegarme de ellos y perderme en el intrincado laberinto del parque de tres millas de largo por media de ancho y que es uno de los más famosos y completos del mundo.

Lo conseguí. El «Ford» se portó bien, obedeciendo con presteza cada una de mis órdenes y palmeé el volante complacido, como acariciaría mi caballo favorito en las carreras:

—Eres un valiente; recuérdame que te debo un lavado a fondo.

Salí con infinitas precauciones por la parte norte, recorriendo Park Presidio Drive y perdiéndome por entre los millares de vehículos que utilizaban aquella ruta para dirigirse al Golden Gate Bridge.

Media hora después, había conseguido aparcar el coche en un lugar al que no había fácil acceso y que serviría, por tanto, como refugio momentáneo a mi perseguido «Ford».

A pie recorrí la distancia que me separaba de mi despacho. El ascensorista me miró con curiosidad y comentó:

—Parece encontrarse sano.

—¿Por qué no había de estarlo?

—Dos individuos andan buscándole hace tres días. Supuse que le habían encontrado...

Me abaniqué con el sombrero.

—Celebro que te hayas equivocado.

—Yo también. ¿Qué les digo si vuelven?

—Que me he muerto.

—Descanse en paz.

Abrió las puertas y salió al rellano en donde estaba mi despacho. Pasé ante mi puerta y entré en la siguiente donde campeaba un rótulo en letras doradas:

MASON,
MASON & MASON,
AGENTES

Especializados en cuestiones domésticas

Empujé la encristalada hoja y una máquina tableteó con furia, como si quien la utilizase hubiese hecho una apuesta para desgazarla en un tiempo determinado.

—No te molestes, Jackie; soy yo —dije mirando a la morena de busto airoso que parecía ensimismada en montañas de trabajo.

—¡Ah, eres tú! —Arrastró las palabras desgana mascando chicle, y perdido todo su interés por lo que estaba haciendo.

—Sí; y conste que no vengo a utilizar vuestros servicios.

—Lo supongo.

—Todavía no me he casado...

—¡Qué mal gusto tendría ella!

—No me he casado a pesar de tus maniobras... —terminé con intención.

Me lanzó una mirada gélida.

—No te hagas el gracioso; no te va.

—Ni a ti ese aire puritano que adoptas.

Estuvo a punto de saltar y arañarme, pero se lo pensó mejor.

—No está Mason —dijo.

—Me alegro. No es su fea cara la que he venido a ver.

—¿Entonces...?

—Quiero saber a qué hora te espero esta tarde.

—Te has equivocado de puerta. Debe ser más allá.

—Sabes que te aprecio, Jackie —le dije.

—Bueno.

—¿No vas a ser complaciente alguna vez?

—No.

—¿Por qué?

—Hay mucho trabajo.

—De tipo personal. Comprendo. Mason te acapara demasiado. Es lo lógico, puesto que te paga.

—Te la estás ganando, Tino —me dijo.

—Vamos, no seas arisca —me acerqué dos palos—. Dame una cita y Tino Rey marchará.

—¿Quieres que te la de yo? —me preguntó Mason entrando.

Me volví quejumbroso:

—¡Oh...! Tú tenías que estropear tan dulce escena.

—¿Ya has resucitado? No te dejaron muy mal —calibró Mason mirándome atentamente.

—Oye, ¿es que habéis hecho apuestas sobre mi estado físico? El chico del ascensor comentó algo parecido...

—¿Quieres decir que no te atraparon esos tipos?

—No por falta de ganas de ellos.

—Estás de suerte. Sospecho que te habrían dejado peor que si te hubiese pisado una apisonadora. ¿Ha venido alguien, Jackie? —preguntó a la muchacha. Me miró a mí y dijo:

—No.

—No importa. Acabo de contratar un servicio a domicilio, Tino —me dijo—, no hay como la investigación sobre asuntos de divorcio. Todo lo que se necesita es tener los ojos y los oídos atentos y sacar pelos de una calavera, o lo que es lo mismo buscar pruebas donde no las hay. Es un trabajo bien pagado. ¿Por qué no te dedicas a eso en lugar de ceñirte a las investigaciones criminales?

—Nunca me ha gustado el papel de soplón.

—Bien —y se encogió de hombros—. Quédate con tus absurdos prejuicios y muérete de hambre si lo prefieres. Y sé lo que vas a preguntarme: nadie ha venido a solicitar tus preciados servicios. ¿Algo más?

Dejé de balancear la pierna, sentado como estaba en el pico del escritorio y me levanté.

—Abur, muchachos. Que os vaya bien —toqué el ala de mi flexible y al llegar a la puerta, pregunté—: ¿Será superfluo preguntarte, Mason, si dejas libre esta tarde a Jackie, verdad?

Su sonrisa tenía hasta cortesía:

—A Jackie le gusta ir a sitios caros, ¿sabes?

Todo mi capital se reducía a un dólar. Volví a tocar el ala del sombrero y salí.

El polvo depositado sobre los escasos muebles de mi despacho había aumentado en cantidad desde la última vez que estuve allí. Lo vi a la primera ojeada y cerré la puerta a mi espalda. Luego me incliné para recoger del suelo dos sobres. Propaganda de ficheros metálicos, sin duda.

Arrojé las cartas encima de la mesa y me dejé caer en el sillón basculante que gimió bajo mi peso.

—¡Pobre! —musité.

Dejé que el flexible se deslizase hasta mi nuca y puse los pies sobre la mesa. Los tacones estaban gastados y eso me hizo recapacitar. Aquello no podía continuar así. Me encontraba en las últimas, como el pez que boquea fuera del agua. Había que tomar una determinación rápida o sucumbir. Me quedaban dos caminos: aceptar la proposición de Mason para trabajar con él o dedicarme a patear infinitos despachos en busca de un empleo anunciado en la columna de «Colocaciones» en cualquiera de los diarios.

Ninguna de las dos cosas me gustaba porque significaba perder la independencia. Suspiré. Cuando las cosas se tuercen, no hay forma de enderezarlas. Había tenido una breve época de esplendor, pero un lío con la policía en mi último caso me había colocado en situación difícil hasta el punto de anunciarme el capitán de la metropolitana que le haría un grandísimo favor si me retiraba de la circulación; no pensé hacérselo, pero el hombre me bloqueó. En realidad no tenía motivos fundamentales para retirarme el permiso, pero no me perdonaba el haberlo puesto en evidencia.

Volví a suspirar. Miré el cajón de mi escritorio en busca de una botella de *whisky* que sabía vacía, pero con la tonta pretensión de que se hubiese llenado en mi ausencia. No dejaba de ser una tontería. Y lo era. Me recosté otra vez en el sillón y giré mi vista en torno de mi despacho. Bien. Había que despedirse. Estaba vencido. Cuando lo alquilé, pagué seis meses por adelantado en previsión de un caso como aquel... y dentro de tres días cancelaba el tiempo de mi alquiler.

Mi vista cayó entonces sobre la correspondencia que ni siquiera había mirado. La examiné por curiosidad. Un sobre azul con impresos sobre un anuario legislativo; aquella vez no eran ficheros

metálicos. Y la otra...

El perfume que emanaba llegó hasta mi olfato antes de que mis ojos se posasen en ella. Fue como un campanillazo.

Bajé los pies como si me hallase ante un cliente y rasgué el sobre con trémulos dedos. La carta decía así:

Mr. Tino Rey
1730 California Street
San Francisco

«Querido Tino:

»Me encuentro en un apuro y necesito de usted. Uno de mis gatitos ha desaparecido. ¿Sería tan amable de encargarse de su búsqueda? Venga a verme cuanto antes. Le adjunto un cheque para gastos iniciales.

»Suya,

»Doris Anderson».

El cheque por valor de cien dólares temblaba en mis dedos, tanta era mi excitación. Ni siquiera tuve tiempo de leer el remite porque dos sombras se recortaban en el cristal de la puerta...

CAPÍTULO II

Se abrió ésta con cuidado y aparecieron en el quicio los dos tipos que me seguían. Puse los pies sobre el tablero y esperé.

—Fíjate qué agradable sorpresa —sonrió el que tenía las mano en la manija de la puerta, hablándole a su compañero—. ¿No te ablanda el corazón, Bobo?

No me moví y traté de serles agradable.

—Pasen, pasen, muchachos. Siéntense. Están en su casa.

Bobo entró en el despacho tras su compañero y cerró la puerta con llave, echándosela al bolsillo.

—¿Buen día, eh? —comenté viéndoles venir hacia mí—. ¿Una copita?

Abrí el cajón y saqué la vacía botella. La miré con curiosidad y dije:

—Vaya. Mis clientes se la han bebido toda.

—¿Mucho trabajo? —preguntó el que llevaba la voz cantante.

—Pues sí; excesivo:

—Ya veo —repuso pasando ostensiblemente un dedo sobre mi escritorio, retirándolo gris de polvo.

Bobo se puso a mi derecha con los brazos caídos a todo lo largo de su cuerpo. Parecían gemelos. Anchos hombros, cuellos rígidos y tensos como manojos de nervios, ojillos diminutos, narices aplastadas y labios deteriorados. Idénticas corbatas ponían una nota detonante en las negras camisas, y el sombrero de ala caída proyectaba un conato de sombra sobre sus ojos.

Les sonreí:

—Me llamo Tino Rey. ¿En qué puedo servirles?

—No te hagas el gracioso, Tino —dijo Bobo.

Bajé los pies y me enderecé en el sillón.

—Comprendo que no es postura para recibir a dos clientes. Perdonen, amigos. ¿Cómo se llama? —pregunté al otro.

—Taro Mendoza... Oiga —se amoscó—, no estamos para bromas. Sabe a qué hemos venido.

—Si no me lo dicen...

—Venimos a darte una lección, Tino —saltó Bobo abalanzándose sobre mí, pero Taro Mendoza le detuvo.

—Déjamelos a mí, Bobo.

El aludido se calmó, y la sonrisa tranquila no se apartó de mis labios.

—Hable, Mendoza. Parece más sensato que su compañero.

—Venimos de la «Lebec Company». Nos han encargado una misión.

Era la compañía que me vendía a plazos el «Ford».

—Adelante. Soy todo oídos.

—Su cuenta está al descubierto desde hace tres meses. O paga o nos llevamos el coche. ¿Dónde lo tiene?

—Se me ha olvidado.

—No sea loco. No va a salir de ésta.

—¿Es que no me van a creer?

—Su memoria flaquea en cosas de importancia.

—No lo sabe usted bien.

—Puede ser cosa grave.

—Lo es. Tengo que ir al médico.

—No se moleste. Nosotros conocemos una medicina, a paz de hacer milagros.

—¿Sí? Díganmela —jugué.

—Una medicina que no falla nunca —silabeó Taro Mendoza inclinándose sobre el escritorio, peligrosamente cerca de mí.

—Deberían patentarla. Puede ser un negocio.

—Lo es, ¿por qué cree que nos contratan?

Lanzó una mirada a Bobo y éste cerró el paso para una posible huida.

Me levanté y calculé de donde llegaría el primer golpe. Taro levantó el puño y en aquel momento se fijó en el cheque. Sonrió ladino y lo tomó.

—Parece auténtico —dijo.

—Lo es. Pero no me pertenece.

—Está a su nombre. Aquí pone: Tino Rey. No hay otro de ese nombre.

—Desde luego. Soy único. Pero voy a devolverlo.

—¿Sí?

—Es un adelanto sobre un trabajo que no me interesa.

—¿Cuál?

—Secreto.

—Como quiera. Vale por cien dólares y está firmado por Doris Anderson. Fírmelo y lo cobraremos nosotros, Tino —dijo tendiéndomelo—. Aún faltarán cincuenta dólares, pero la compañía se conformará de momento y... nosotros también.

Me corrí a la izquierda levemente.

—Debe ir al otorrino —le aconsejé—. Le falla el oído. Dije que pensaba devolverlo.

—Lo dijo, pero no lo hará.

Me ajusté el nudo de la corbata.

—Tino Rey es libre, amigo. Pobre, pero independiente. Un orgullo como otro cualquiera. Trabajo cuándo y cómo quiero. Y, desde luego, en lo que me apetece. No me gustan los gatos.

—¿Qué dice?

—¡Bah! No lo entendería. Hablemos como buenos compadres, Taro —le dije contemporizador—. Le pagaré a la «Lebec Company» el valor del coche. Sólo tengo una palabra.

—¡Lástima que la haya gastado hace tiempo! No sirve eso.

—Ahora estoy en blanco. Espero conseguir un buen trabajo y pagaré todo absolutamente. Pero no me retiren el coche; es mi instrumento de trabajo.

—Firma, Tino —amenazó Bobo.

—Ese cheque no lo cobraré. Voy a devolverlo.

—Pégale, Bobo —ordenó Taro.

A pesar de que estaba prevenido y ladeé el cuello el puñetazo rozó mi mentón lanzándome hacia atrás cabeza con tal fuerza que esperé verla rodar por el suelo, Solté una imprecación y le di una patada al estómago de mi agresor que le hizo encogerse gimiendo entrecortadamente.

Taro sacó su pesado revólver y me apuntó al vientre.

—Firma, Tino —dijo imperturbable. Estaba dispuesto a disparar.

—Cuando lo haya hecho pide tu jornal y lárgate a otro Estado. Si te cruzas en mi camino, ponte a rezar si sabes —le amenacé.

—No perdamos tiempo...

Bobo continuaba encogido apretándose el estómago con ambas manos e incapaz de intervenir en la fiesta.

Me incliné sobre el escritorio y quité el capuchón a mi estilográfica. Tracé el garabato de mi firma, puse el nombre de quien había de cobrarlo y lo entregué.

Para entonces, Bobo andaba con ganas de devolverme la caricia. Saltó sobre mí y me dirigió dos terribles ganchos que salvé gracias a mi entrenamiento de yudo. Me dejé caer hacia atrás y arqueé la espalda para rodar mejor sobre ella. Al mismo tiempo, proyecté ambos pies con fuerza, logrando alcanzar el bajo vientre de Bobo que lanzó un alarido impresionante, babeando al borde de la inconsciencia.

Rodé lateralmente a tiempo de evitar el pateo rabioso de Taro Mendoza que iba a vengar a su compañero. Salí de entre sus pies indemne y empecé a levantarme. Mendoza se guardó el revólver la sobaquera y avanzó hacia mí con las manos arqueadas para hacer presa en mi cuello, y el paso cauto. Yo no me moví, posando una rodilla sobre el suelo.

—Vas a lamentarlo toda la vida, Tino —amenazó calculando el golpe.

Creyó que me iba a distraer, y su pie, calzado con una bota del 45, voló hacia mi rostro. Pero mis reflejos fueron más rápidos y caí de costado apresándola el pie al mismo tiempo. Mis dedos se clavaron en un centro nervioso del tobillo y apreté con furia al tiempo que se lo retorció hacia adelante. Lanzó un aullido lastimero y su cabeza rebotó contra el suelo. Pero era más dura que el pavimento y su puño me alcanzó en el centro del plexo solar. Mis plumones quedaron vacíos de aire y sin posibilidad de hacer que entrase más. Miles de estrellitas giraron burlonas alrededor de mis ojos y un remolino de agua, que no sabía de dónde había salido, ascendió veloz hasta mí. Noté un golpe en la cabeza y algo así como la coz de una mula en mis riñones. Sentí un vómito y una angustia infinita al caerme por aquel precipicio sin poder agarrarme a ningún asidero.

Me habían atado a una noria de la feria después de atiborrado de *whisky*. Todo giraba locamente y parecía que las entrañas iban a desgarrármese por los vómitos. A cada vuelta de la noria sentía que los tornillos de tortura clavados en mis sienes avanzaban una vuelta

más. Dentro de poco romperían la delgada resistencia que ofrecía la carne y el parietal, y la masa encefálica lo salpicaría todo manchando el diminuto vagoncito de la noria. Grité pidiendo que la parasen y me desperté.

Permanecí vanos minutos sin moverme hasta almacenar algunos miligramos de fuerza. Entonces me levanté agarrándome ferozmente al suelo para no caerme desvanecido.

Taro Mendoza me había pegado bien. Sabiendo dónde dar para hacer daño. En la nuca tenía un sanguinolento bulto como un huevo y el dolor de los riñones apenas me permitía algún movimiento. Necesitaba llegar, por lo menos, hasta el lavabo donde podría refrescarme con la cabeza bajo el grifo.

No sé cómo lo alcancé. Pero el caso es que el agua me despejó bastante. Estaba fría y corrió abundante por cuello y cabeza hasta mojarme la camisa. Pero no me importó. Sin gran esfuerzo conseguí vaciar el estómago y luego me lavé bien la boca. Cuando hube terminado me encontraba mucho mejor, aunque si hubiese sido sensato me habría metido en la cama.

Pero ¿quién ha dicho que yo lo sea?

Puse un poco de orden en mi despacho, cerrando a mi espalda después de haber recogido la carta de Doris Anderson.

Antes de marcharme, entré en la agencia «Mason, Mason & Mason».

Jackie continuaba sentada ante la máquina, aunque ahora había dejado de mascar «chicle» y estaba leyendo una revista de cine.

—¿Te ha pillado un ciclón? No dijo la radio que hubiese ninguno por ahí.

Hice una rara mueca y comprendió que no iba de broma. Tiró la revista a un lado y se apresuró a venir a mi encuentro.

—¿Qué te ha ocurrido, Tino?

—Tuve un tropiezo.

—¿Te alcanzaron por fin?

Asentí.

—¿En tu despacho?

Volví a decir que sí y ella añadió:

—No oí nada. Jamás me han convencido las casas completamente aisladas para los ruidos. Podías haberme llamado.

—Gracias. ¿Tienes una aspirina?

Fue hasta su bolso y tomó un tubo. Luego llenó un vaso de papel con el agua de un filtro y me hizo sentar ofreciéndomelo todo.

—Con dos aspirinas tendrás suficiente —me aconsejó.

Tomé cuatro y dos vasos de agua.

—Voy a ganarme cien dólares. Adiós, Jackie —me despedí.

—¿Cien dólares?

—Sí; estaban en una carta a mi nombre para hacer un trabajo, pero han llegado esos tipos y se los llevaron. Ahora tengo que justificarlos. Abur.

Llegué hasta la puerta e iba a salir cuando ella me detuvo.

—Espera, Tino.

La vi venir alta y hermosa. Con sus caderas amplias y ceñidas que marcaban el aire de su paso esbelto. Llegó a mi altura, se detuvo y se empinó para darme un beso. Estuve a punto de desmayarme. Cruzando los ojos todavía, me hizo salir pese a mi resistencia y cerró a mi espalda, aconsejándome:

—¡Cuídate!

Sausalito es la primera población que se encuentra a la salida del puente Golden Gate. Es una villa de ricas residencias sumamente popular, y uno de los centros residenciales más prestigiosos. Apenas si tiene cuatro mil habitantes, y sus chalets y villas se extienden a todo lo largo de sus playas, en la bahía de San Francisco. La mayoría de sus pobladores son ricos personajes amantes de la navegación, y en sus costas son innumerables los yates, balandros, patines y demás embarcaciones de diferentes características y tonelaje.

Pregunté dos veces antes de dar con la villa en que vivía Doris Anderson. Una casita recién construida, de hermosas líneas modernas, con amplio jardín y playa particular.

Aparqué mi coche ante la verja y descendí examinándolo todo con detenimiento. Un par de amplios garajes a un lado pregonaban que los habitantes de aquella residencia tenían desahogada posición, y la amplia terraza, con toldos nuevos, recordaba una de esas películas fabricadas por los magos de Hollywood.

Una voz me sacó de mi abstracción:

—¿Va a quedarse ahí toda la mañana?

Era una mujer cuya sombra entreví entre unos rosales sobre la terraza.

Empujé la cancela y pisé con decisión el sendero lleno de gravilla. Tendría unos veinte metros y, antes de terminarlo, una piedrecita tuvo la descortesía de introducirse en el zapato. Cojeando subí las escaleras para detenerme de súbito, visiblemente impresionado.

—¿Tino Rey, si no me equivoco?

Era rubia y alta, casi tanto como yo. Sus miembros eran largos y torneados y su figura hubiese servido para cualquier portada. El «bikini» guinda la hacía más esplendorosa todavía contrastando con el tono levemente tostado, dorado mejor, semejaba a la calidad añeja del oro antiguo. Tenía largas pestañas que ocultaban unos ojos verdes que ahora me miraban apreciativamente.

—Sí; soy Tino Rey. ¿Y usted...?

—Doris Anderson, desde luego —se presentó—. Pero ¿no se sienta?

Me indicó una silla de lona junto a la tumbona en la que estaba lánguidamente recostada. Contuve la respiración al pasar por su lado y crucé las piernas.

—Me agrada que haya venido inmediatamente, Tino. ¿Me permite que le llame así?

—Es un placer.

—Estimo que es usted el hombre que necesito.

—Y usted la mujer de mis sueños. ¿Está... sola? —pregunté.

—Ajá.

—Lo celebro.

Estaba al alcance de mi mano sin el menor temor. Parecía gozar con la impresión que me había causado y su sonrisa era como una invitación. Pero sabía que no era una ingenua ni una histérica. La calibré con la frialdad que podía poner en aquel instante y me percaté de que era una mujer calculadora.

—¿No teme estar a solas con un hombre?

—¿Iba a ser usted capaz de hacerme algún daño...?

—Desde luego que no. Pero...

—No hay cosa que más me agrade que el «pero» de todas las cosas. ¿Y a usted?

Desvié la mirada de su piel y me sentí mejor.

—Usted me ha escrito una carta.

—Sí.

—Con un cheque de cien dólares.

—Sí. ¿Era poco? Habrá más después.

—¿Por buscar un gato?

En aquel momento me sobresaltó una sombra que cayó en perfecto arco sobre la mujer. Era un gato de angora que ronroneó restregándose contra su dueña. Tenía un lazo rosa al cuello y una cara petulante y desdeñosa.

—Sí; la compañera de éste. ¿Le gusta?

—Sólo para estar en su lugar.

—Malo.

Lo acarició y lo besó detrás de la oreja, pero el bicho se escurrió de entre sus manos y huyó silenciosamente.

La mujer se incorporó, calzándose unos zapatos de alto tacón y tirillas también color guinda.

—Le prepararé un combinado.

Se alejo sabiendo andar. Cuando volvió junto a mí, continuaba mirándola. Ella entonces se fijó en la herida de mi cabeza.

—Pero ¿qué le ha ocurrido?

—Me golpearon.

—¿Quién?

—Eran dos profesionales. Demasiados para un hombre solo. Pero ellos fueron bien servidos. No soy un alfeñique.

—Eso me gusta. No sabe cuánto desdén a los débiles...

Sus dedos rozaron los míos al tenderme el alto vaso y sentí un escalofrío en la espalda. Lo bebí de un trago y al inclinar la cabeza sentí un mareo. Debí notar algo y se inclinó sobre la herida.

—Venga. Le curaré.

Me dejé arrastrar al interior de la villa. El *living* estaba fresco y acogedor, y decorado con exquisitez. Se notaba, junto a un buen gusto, la abundancia de dinero.

—Le han dejado malparado, Tino. Afortunadamente sé curar esas cosas.

—No lo dudo. Su sola presencia me ha reconfortado.

—No obstante, utilizaré medicinas. No puedo pasarme toda la vida a su lado.

—Sería feliz si lo hiciese.

Volvió a alejarse y admiré sus rectas piernas como columnas de un monumento a la belleza.

—Es usted demasiado amable conmigo, Doris —dije cuando estuvo a mi lado nuevamente.

—Debo cuidarle, si quiero que trabaje para mí. Vamos, quítese la chaqueta.

Obedecí y al ver mi camisa arrugada y sucia chasquéo la lengua contra el paladar:

—¡Pobre! Se nota que no tiene quien le cuide. Sáquese la camisa también. La tiene manchada de sangre.

Mi torso desnudo le llamó la atención.

—Es más fuerte de lo que suponía. Agache la cabeza, por favor. Esto es; el agua oxigenada desinfecta a las mil maravillas. ¿Quiere alargarme un pellizco de algodón? Bien... Ahora gasa y cinta adhesiva...

La obedecí y puso expertamente un parche en mi nuca. Noté la herida mucho mejor, ya que habían cesado unas palpitaciones sospechosas que empezaba a notar.

Lo recogió todo, y quise levantarme, pero me lo impidió.

—Tiene que encontrarse cansado. No se mueva. Podemos hablar igual.

Volvió a llenar mi vaso, pero no bebí.

—Tengo el estómago vacío. Ya que es tan amable, podría prepararme algún «sándwich».

—Es una buena idea. Yo tampoco he desayunado. ¿Quiere ayudarme a prepararlos?

Lo hice con gusto.

Cuando nos sentamos a la mesita breve e íntima, junto al amplio ventanal abierto, me sonrió por entre los semicerrados párpados que daban un aire más misterioso aún a su rostro.

Comimos con apetito. Los blancos y fuertes dientes de ella, mordieron golosamente, con una especie de satisfacción y anhelo simultáneos, sabiéndose admirada y halagándole que unos ojos se posasen en ella.

Cuando terminamos, encendí para ella un cigarrillo que aceptó, aspirando el humo con delectación. Luego, llamó a su gato con ese siseo tan sutil que tanto aproxima a la mujer a la condición de felino.

—¡«Satán» ven aquí!

La pelota de seda negra saltó a su regazo y allá ronroneó

complacido. Le dio a comer unas elegidas migas, que el minino apenas se dignó mordisquear. No obstante, su dueña introdujo entre su fino pelaje sus largos dedos. No parecía muy dispuesta a contarme sus problemas y tuve que ser yo quien iniciase la conversación, recordándoselo.

—En su carta me dijo...

—¿Salimos a la terraza?

Antes de que respondiese, se había levantado, y caminaba cimbreado hacia la tumbona de antes, en donde se tendió para continuar tomando el baño de sol.

«Satán» había desaparecido otra vez y me sentí más satisfecho sin su presencia.

—«Pitusa» ha desaparecido. Quiero que usted la busque.

—¿Sólo eso?

—¿Le parece poco? No creo que va a ser tan fácil.

—Es posible; pero ¿no cree inapropiado mis servicios para buscar un animal?

Doris se levantó airada, agitando su pecho por el enfado.

—¡«Pitusa» no es ningún animal!

—Bueno... —dije—, desde luego no es una persona.

Aquello la había molestado y se tendió otra vez.

—Yo soy un detective especializado en asuntos criminológicos. No un farsante que vive a costa de mujeres histéricas. Trabajo en serio.

—Para eso le he contratado.

Me encogí de hombros.

—El caso es que no estoy en una buena época, de otra forma no hubiese aceptado este trabajo... Aunque verla a usted bien merecía la pena.

—Muy bien, trovador —se burló—. Una vez descargado su pecho y justificada su posición, ¿podemos hablar de negocios?

—Podemos.

—«Pitusa» desapareció hace dos días.

—¿Cómo ocurrió eso?

—No lo sé. Había salido con... —Se detuvo, se humedeció los labios y rectificó—: Había salido a cenar, y al regreso, ya había desaparecido.

—¿Quién era él?

Frunció el entrecejo.

—No entiendo...

—Me estoy refiriendo al hombre que la acompañaba.

—No le interesa.

—Yo diría que sí... Todo hombre que esté con usted me interesa.

—Habla como un sultán a su odalisca.

—Nunca he visto ninguna que fuese rubia, pero no deja de agradarme el símil.

Me incliné y la besé. Sus labios no dijeron que sí ni que no. Cuando me incorporé tenía la misma sonrisa aunque su garganta se agitaba levemente bajo las tres vueltas de su collar de perlas. Las señalé:

—¿Auténticas?

Asintió.

—¿No sabe que el sol le dejará una marca blanca debajo de ellas?

—Sí; pero me gusta lucirlas.

Hacían juego con sus dientes y resultaba aún más sugestiva.

—¿Qué pensó cuando comprobó que «Pitusa» no estaba?

—Que alguien la había robado.

—¿Y quién puede querer un gato?

—¡No hable tan despectivamente o le echaré a puntapiés!

—Me gustaría que lo intentase —respondí mirándola hasta que sus ojos se rindieron.

—¡Malo! —susurró. Pasó sus dedos por mis bíceps comprobando la solidez de los mismos—. Parece un gladiador, Tino.

—¿Quién puede suponer que robó su gata? —continué sin hacer caso de su tono mimoso.

—No sé. El caso es que no está y quiero recuperarla. Le pagaré bien si lo consigue.

—¿Cuánto?

—Ya fijaremos la cantidad.

—De acuerdo. Pero impongo una condición.

—Le escucho.

—Saldrá conmigo a cenar.

—Busque antes a mi gatita y le prometo que no arrepentiré.

Se había incorporado sobre un codo y la tomé de la cintura.

—¿Con quién se cree que está tratando, Tino?

—No me lo pregunto, porque no lo sé.

—¿Supone que soy una mujer alocada?

—No.

—¿Entonces, por qué se permite esas familiaridades? ¿Tiene la costumbre de tratar a todas las mujeres igual?

Reí descaradamente y noté que le gustó mi desfachatez.

—Usted me ha llamado. Tengo por norma considerar situados en una determinada esfera a todos mis clientes. Nunca me he equivocado. ¿Por qué habría de hacerlo ahora?

—Habla en clave.

—Bien. Hasta ahora, ninguna persona de conciencia limpia ha solicitado mis servicios. Solamente lo han hecho los que tienen algo que ocultar y quieren que les saque las castañas del fuego sin verse obligados a contarle todo a la policía. No acuden a ésta porque no les interesa descubrir su juego, que acostumbra a ser demasiado sucio. ¿Supone que en esas condiciones iba a ser yo más caballero que quienes fingen serlo?

Ella sonrió satisfecha.

—Es usted maravilloso, Tino. ¿De dónde le viene su nombre? No es americano.

—Mi padre era español. Por eso me llamo Rey, todos los españoles lo son un poco. Mi madre era italiana y me puso el nombre de Agustino. Abreviado, Tino. ¿Satisfecha?

—Tiene sangre de perfectos amadores, Tino. Seremos buenos amigos.

—¿Supone que alguien determinado ha robado su gata?

—Sí, el viejo Popy vive ahí al lado. Es un marinero maniático que está chirlado por los gatos. Es posible que «Pitusa» esté con él. ¿Quiere comprobarlo? Mientras dormiré un poco... Estoy cansada...

—Desde luego. Voy a ponerme la camisa.

—Le daré una limpia. No puede ir con la que va —dijo incorporándose y siguiéndome al interior.

Penetró en uno de los dormitorios para invitados, abrió un armario y regresó junto a mí con una camisa blanca.

—Espero que sea de su talla.

Lo era. Me ayudó a abrocharme los botones y después me hizo el nudo de la corbata. Si no hubiese sido por el pliegue caprichoso de sus labios, me habría imaginado que estaba con mi mujercita,

dispuesto a trabajar como todos los días.

—¿De quién es la camisa? —No obtuve respuesta. Miré a mi alrededor y comenté apreciativo—: No tengo tanto dinero para mantener una cosa así...

—Pero tienes algo mucho más valioso, Tino —me respondió. Acababa de ponerme la chaqueta y ciñó sus brazos en torno a mi cuello—. Regresa pronto; estaré impaciente —me tuteó.

No tuve más remedio que besarla, pero ella jugó. En el último instante retiró su cabeza hacia atrás, formando un limpio arco. Alcancé su rostro. Pero algo estalló en su cuello y el bramante roto del collar permitió que las perlas cayesen al suelo en risible lluvia cantarina.

—¡Malo! Me has roto el collar —me reprochó parpadeando.

—Recogeremos las perlas. No te preocupes.

A gatas, fuimos buscándolas por el suelo, mirando entre el peluche de las alfombras y revisando la parte inferior de los muebles. Las alcanzamos todas y cuando las tuvo en el hueco de ambas manos, me dijo:

—¿No tienes un sobre para guardarlas?

Revisé mis bolsillos y extraje de ellos la carta que ella misma me había enviado. Volví a guardarme la misiva y utilicé el sobre dirigido a mí y con matasellos de la tarde anterior.

—Todo arreglado. El joyero no te cobrará gran cosa por un bramante nuevo. Hasta ahora.

—Vuelve pronto.

—Son las doce en punto —dijo mirándome el reloj—. Dentro de media hora a lo sumo estoy aquí.

Antes de salir ella aún me gritó:

—¡Enchufa la manguera automática! Hay que regar el jardín.

La complací, ¿qué otra cosa podía hacer?

Popy era un viejo marinero que confundía sus viajes y sus recuerdos, en una mente llena de sensiblerías infantiles. Vivía en una cabaña en la misma playa un poco a la derecha de la villa de Doris. La puerta estaba abierta y me planté en el dintel, mirando sin ver hacia el interior lleno de penumbra.

—Viniedo por la playa, no verá nada aquí dentro, forastero —me dijo una voz vacilante y enronquecida procedente del interior.

—¿Es usted Popy?

—A sus órdenes, capitán —respondió con cómica seriedad.

—¿Puedo pasar?

—Sí, pero agárrese al pasamanos. La mar está picada y...

—Gracias.

El interior no era muy amplio, pero poseía un tono más confortable de lo que cabía esperar visto el exterior. Era una amplia habitación, quizá abigarrada en su decorado, pero llena del atractivo que dan las cosas del mar. Tenía un par de ventanas, ahora semicerradas para librarse del calor del mediodía, por lo que la luz era escasa. Pero cuando me habitué, vi sentado al fondo, en una mecedora, a un anciano lobo de mar, esquelético y consumido, ataviado con una camiseta a rayas y tocado con una resobada gorra marinera.

—Tiene aquí un barco desguazado —comenté, mirando a mi alrededor y observando infinidad de piezas procedentes de los más diversos navíos.

—Son recuerdos de los barcos en los que navegué... Creo así recordar mejor las cosas buenas de mi vida...

—¿Y las malas?

Lanzó un bufido despectivo:

—¿Las malas? —repitió—. ¿Para qué recordarlas?

—Tiene razón; es una filosofía ideal.

—Eso digo yo. ¿Y qué ocurre, capitán? ¿Hay que variar el rumbo?

—No lo sé todavía.

—No olfateo tormenta —dijo misterioso tocándose la terminación de su amplio apéndice nasal—. Creo que deberíamos inclinarnos dos grados al sur por lo menos.

—Bien; lo dejo en sus manos. Es el mejor marinero de mi barco —le seguí la corriente.

—¡Gracias, capitán! —Y se puso hueco de satisfacción.

Avancé un poco y un maullido lastimero salió de mis pies. Sorprendido, di un paso atrás exclamando:

—¡Malditos gatos!

Popy lanzó un siseo y el gato corrió hacia él, subiéndose a las rodillas donde las manos sarmentosas del marinero acariciaron su pelaje con mimo.

—¿Te han pisado, pobrecito?

Me fijé en el bicho. Era blanquinegro y no tenía la prestancia ni el lustre de «Satán»; no podía ser por tanto su compañera, sin contar con el hecho de que no era del mismo color.

—¿Le gustan los gatos?

—Durante cincuenta años han sido mis únicos amigos.

—Pero no tendrá siempre el mismo, ¿verdad?

Me miró como si yo fuera idiota.

—No hay gato que viva cincuenta años...

Le noté enfadado y eso no me convenía.

Me aproximé y para congraciarme con él hice una caricia al animalito. Pero el bicho me lanzó un zarpazo que me dejó cuatro estrías sangrientas en el dorso de la mano derecha. Le lancé una mirada colérica y mascullé algunas no muy halagüeñas palabras contra él, pero el felino se sentía seguro junto a su amo y ni siquiera se dignó tomarme en consideración.

—¿Tiene muchos? —pregunté mientras envolvía mi mano en un pañuelo.

—Sólo tres. Antes tenía más, pero...

—La vida está cara: comprendo. ¿Son de... angora?

—¿Angora? —Cerró sus ojillos y cabeceó—. No, no son de angora.

—¡Lástima! —dije para mí.

—Pero éstos son mejores. Los de angora son de lujo, pero nada más.

—Claro; tiene toda la razón —asentí.

Bien. Aquello tocaba a su fin. Me volví dispuesto a despedirme. Doris me estaba aguardando y no convenía hacerla esperar.

—¿Por qué la gente se interesará tanto por los gatos? —preguntó sorprendentemente.

Me volví súbitamente interesado:

—¿La gente? ¿Qué ocurre para hacerle pensar en eso?

—No es usted el primero que viene para charlar de gatos... de angora.

Ahora parecía menos chiflado que antes y sus ojillos diminutos cuajados de arrugas, tenían una viveza nada maniática.

—¿Quién... quién ha venido para eso?

—¡Oh! —Se encogió de hombros y pareció el de antes—, si no lo reforzamos, el palo de mesana se irá al garete, capitán.

¿Estaba chiflado o lo parecía?

—¿No recuerda quién vino antes que yo?

—El contramaestre, capitán. Pero —y bajó la voz confidencialmente—, yo no le tengo ninguna simpatía, ¿sabe? Es un mal bicho.

—¿Cómo se llamaba? ¿Le conocía usted?

Me miró fijamente, aunque sin expresión en los ojillos que antes me parecieron extraordinariamente vivaces.

—¿Por qué no lleva una flor en la solapa?

Empezaba a irritarme por aquel jeroglífico sin sentido.

—¿Le gustan las flores en la solapa?

—Sí; marcan el sentido del viento.

Lancé un bufido y me dispuse a salir. No estaba para perder el tiempo con un pobre diablo, cuando Doris estaba a menos de cien metros.

—Adiós, abuelo. Cuide a sus gatos.

Antes de salir, aún me gritó el viejo marinero:

—Si ve a su amigo, recuérdale que me debe veinte dólares.

Me detuve unos instantes, fruncido el entrecejo y sin lograr comprender nada. Fui a volverme para intentar sacarle alguna información, pero me encogí de hombros. ¡Al diablo! Doris estaba allí cerca y me había pedido que regresara pronto. No iba a ser yo quien la hiciese esperar... Las mujeres nunca deben tener excesivo tiempo para pensar sus caprichos.

CAPÍTULO III

Me urgía llegar a la villa donde me esperaba Doris.

La imaginé con su «bikini» guinda, y mis pasos fueron más rápidos todavía. Pensé en ella. Era una de esas mujeres capaces de hacer andar de coronilla al más frío de los hombres. El movimiento de sus ojos estaba sincronizado con el balanceo cálido de sus caderas y la piel de su rostro tersa. No obstante, no era una chiquilla. ¿Qué edad tendría? Me encogí de hombros. Lo mismo podían ser veinticinco que treinta y cinco. Desde luego, ni uno más. Había demostrado que sabía andar y aun en su traje de baño estaba elegante. Fuera de eso, ninguna otra cosa había apreciado en ella. ¿De dónde procedía? ¿Cuál sería su vida? ¿Qué escondería en su pasado? Eran preguntas que hacía inconscientemente mientras anhelaba encontrarme de nuevo junto a ella. Le gustaban las cosas buenas, como su collar de perlas. Era caprichosa. Y desde luego tenía relaciones con alguien. ¿Quién sería? Desconocía su nombre, pero podía jugármelo todo a que era rico y maduro, seguramente con familia honorable que no sospecharía sus devaneos. Una especie de rey Midas capaz de convertir en oro los caprichos de Doris.

Por extraño que parezca, no me importaba mucho todo aquello. No era una mujer de la cual fuese a enamorarme y con la que pretendiese formar un hogar. Pero sí podía constituir una buena anécdota.

Empujé la cancela y avancé por el sendero de gravilla. Nuevamente una piedrecilla saltó al interior de mi zapato. Me agaché, solté el cordón y la saqué, tirándola a un lado con enfado. Luego, me retiré del sendero para caminar por el césped a resguardo de nuevas piedras.

Sonreí. Alguien había tenido mi misma idea por cuánto las tronchadas hierbecillas marcaban la huella de unos pasos. ¿A quién se le puede ocurrir sembrar de grava una entrada principal?

Llegué a la terraza, subí los escalones. Silbé llamándola, pero no debió oírme. La puerta que comunicaba con el *living* estaba abierta.

—¡Doris! —llamé.

No esperé respuesta y caminé decidido en su busca, suponiendo que se encontraría en el dormitorio.

—¡Doris! —repetí y empujé la puerta, esperando que no se enfadaría mucho por haberla sorprendido en su intimidad.

Mi sonrisa se heló en los labios y el brazo que sostenía la manija cayó pesadamente contra mi cuerpo. Doris estaba allí, sobre la cama, muerta.



Vió tendida a una mujer.

4 — RUBIA

Lo adiviné en cuanto vi la media en torno a su cuello. Tardé unos segundos en recobrar la serenidad y ser capaz de actuar.

Avancé hasta el lecho. La ropa estaba a un lado y una de las piernas caía sobre la alfombra. Debieron sorprenderla mientras descansaba como me prometió. Había habido lucha y en el

transcurso de la misma había saltado su corpiño. Su cuerpo, hermoso y frío, tenía un aspecto abandonado, como el de una diosa en pleno sueño. Sus rubios cabellos estaban sueltos sobre la almohada y parecían hebras de oro puro. Su rostro era lo único que ponía una nota tétrica en aquella escena, cuajada de pesadez y angustia. Sus ojos verdes estaban agrandados por la visión de la muerte y su boca, roja y fresca unos minutos antes, parecía el boquete por el que había escapado su vida. Uno de sus pendientes había rasgado el lóbulo durante la lucha y unas gotitas de sangre manchaban la inmaculada tersura de su mejilla.

Yacía en el extreme izquierdo de la cama, junto a la mesilla en la que un pequeño búcaro con flores había sido derribado, derramándose el agua por el mueble; y en el suelo, junto a su brazo caído pesadamente, estaba el despertador. Lo levanté y comprobé que el cristal se había roto por el golpe, deteniéndose las agujas a las doce y diez. Miré el mío y vi que eran las doce y veinte.

Lo dejé donde estaba y borré mis huellas dactilares, eliminando también todas las que pudiera haber.

Miré a mi alrededor. Todo parecía estar como antes del crimen, aunque yo no había estado allí. Pero observaba en cada objeto y en la forma en cómo estaban situados y dispersos por la habitación, el desorden peculiar que cabía esperar en Doris. Sus zapatos de altos tacones habían sido arrojados sin cuidado en diferentes direcciones y sobre un butacón estaba la otra media, pareja de la que había servido para matarla. Encima del tocador, unos frasquitos de perfume, dos barras de *rouge*, clara y oscura, un cepillo del pelo, un peine con hebras doradas... y sí, no cabía duda, dos grises y una negra. ¿A quiénes pertenecían? Las grises suponía que eran del amigo de Doris y la morena... ¿al asesino? Eso descartaría al desconocido protector de la que yacía sobre la cama como posible autor del crimen. También estaban sus prendas íntimas y un diminuto pañuelo.

¿Qué hacía yo allí en lugar de poner tierra por medio? No lo sabía; es decir empezaba a comprenderlo en la forma que tenía de observarlo todo como si pretendiese encontrar algo que me permitiera descubrir al autor del crimen.

Retrocedí unos pasos y lo miré todo en visión de conjunto. No había nada extraño ni insólito. Nada que no debiera estar allí, ni

nada que hubiese sido precipitadamente revuelto.

¿Qué motivos hay para matar a una persona? Varios: el robo, el miedo, la venganza, la pasión y la ambición. Cinco motivos que debían ser analizados. ¿El robo? Recorrí la casa buscando las huellas ladrones, Pero no las encontré. Había unos candelabros de plata muy tentadores, los pendientes que estaban en sus orejas eran de oro y esmeraldas. En su bolso había cerca de quinientos dólares en billetes de cien en un sobre. Su joyero estaba muy accesible. ¿El robo? No; nadie había querido robar.

¿El miedo? Surgía inmediatamente la palabra chantaje. ¿Estaría ella practicando algún chantaje, por ejemplo a su protector? Era posible. De todas formas, no encontraría pruebas allí, al menos en forma visible y que yo pudiese reconocer.

¿La venganza? ¿Sería su pasado quien la habría matado? Alguien podía haberse decidido a cobrar una deuda pendiente, una deuda de tipo moral, esa clase de cuestiones que sólo la muerte cancela...

¿La pasión? ¿Su desconocido amigo nos habría estado observando y se habría dado cuenta de que ella no acostumbraba a serle muy fiel?

¿La ambición? ¿Qué podía tener ella que alguien ambicionase, como no fuese ella misma?

Me pasé la mano por la frente y la encontré cuajada de sudor, y la camisa se me pegaba a la espalda. Aquello me recordó algo. Mi camisa, con mis iniciales debía estar por allí y la policía no tardaría en encontrar su dueño si la dejaba. Corrí a la cocina y revolví en el cubo de la ropa sucia. Sí; allí estaba. Lancé un sonoro suspiro y me apresuré a cambiármela, dejando la que ella me había prestado. Mis manos estaban febriles y apenas pude abotonarme el cuello. Pasé la corbata por mi cabeza sin deshacer el nudo para no perder tiempo y la apreté, ciñendo la camisa.

De un puntapié coloqué el cubo en su sitio y me volví, pero algo me llamó la atención. La cocina tenía una puerta que daba a una entrada posterior. Era de cristales en la parte inferior y tela metálica en la superior para que corriese libremente el aire. Estaba entornada y en su dintel, como si hubiese deseado huir, «Satán» muerto de un balazo. El negro pelaje animal tenía una amplia mancha roja, como la escarapela de una honrosa condecoración. La

bala había atravesado limpiamente su cuerpo, estrellándose en el marco de la puerta, donde se había introducido.

Me dio pena que hubiese muerto cazado como un bicho dañino. No tenía mucha simpatía a los gatos, especialmente desde que el de Popy me había arañado, pero de ahí a matarlos cobardemente...

Además, no había ningún motivo para hacerlo. Aunque hubiese presenciado el crimen, el pobre no iba a declarar. Me acerqué a él y pasé los dedos por la seda de su piel. El bonito lazo rosa había sido arrancado violentamente de su cuello y tirado a un lado con rabia. ¿Por qué el asesino se había entretenido en cosa tan pueril?

Me incorporé y salí de la cocina. Nada podía hacer allí y resultaba peligroso permanecer por más tiempo. De un momento a otro alguien descubriría el crimen y...

Cerré los ojos pensando lo que me ocurriría si el capitán Banner me encontraba junto a un fiambre recién hecho. Saqué mi pañuelo y empecé a limpiar mis huellas. Debían estar a millones por todos los muebles, en los vasos, en las puertas... Maldije interiormente mis inclinaciones donjuanescas que me habían impelido a buscar la intimidad solitaria con Doris. Ahora aquello podía ser la soga que apretase mi cuello.

Anhelante recorrí la casa pasando el pañuelo por toda superficie pulida, en un trabajo febril y alocado. Terminé jadeante y sudando como nunca me había ocurrido. El sol del mediodía había caldeado las habitaciones y en ellas flotaba una atmósfera densa y pegajosa, con sabor morboso, denotando a mil leguas la presencia de un cadáver. Al menos, eso me parecía.

Retiré mis cabellos de sobre la frente y me dispuse a salir.

Lo hice con mil precauciones, procurando no ser visto y sintiendo, al mismo tiempo, como si miles de ojos buscasen mis facciones para hacer después una descripción a la policía.

Hasta la portezuela de mí «Ford» al cerrarse me sobresaltó y el ronroneo del motor me pareció la más maravillosa de las canciones. La caja de cambios lanzó un gemido al embragar a destiempo, pero el vehículo avanzó valientemente alejándose de aquella casa que podía convertirse de un momento a otro en un infierno lleno de policías.

Contemplar el Pacífico desde el Puente Golden Gate fue para mí como la vista de la tierra de promisión después de cuarenta años de

peregrinaje bíblico.

CAPÍTULO IV

Pixley era el único que todavía me fiaba. Por eso le pedí unos emparedados para comer y no me los negó. ¡Qué buen muchacho es! Tuvo hasta la gentileza de llevarme lo que había encargado hasta la mesita que prefería, junto al ventanal y cerca de la salida, de forma que pudiese estar al tanto de cuánto ocurría e intentar la conquista de la chica que me gustase.

Pero no estaba para bromas esta vez. Hasta la Coca-Cola

me supo a paja después de lo que había ocurrido.

—¿Preocupado, Tino? —dijo Pixley en una de sus evoluciones al pasar Junto a mi mesa.

—¿Eh...? ¡No, no! ¿Por qué habría de estarlo?

Me guiñó un ojo y señaló a su izquierda.

—¿No te has fijado?

Siempre me han gustado las pelirrojas porque participan de la suave languidez de las rubias y del esplendor de las morenas. Además, aquélla era de las que promueven disturbios. Pero después de Doris no tenía el estómago para más.

—No está mal...

Pixley me miró, arrugó su chata nariz y se encogió de hombros, con el aire de un mercader al que se le desprecia su mercancía.

Pasó el paño por la mesa, en protocolaria limpieza y se alejó muy dignamente, mirando por el rabillo del ojo a su clienta.

El *foie-grass* debía estar rancio y los «perros calientes», algo duros. Apenas pude terminarlos, El café olía a achicoria y sabía a cebada. Retiré la bandeja y busqué un cigarrillo, pero alguien me lo tendió.

—¿Fuma?

Lo acepté. Me dio fuego y miré más detenidamente al hombre. Debía andar por los cincuenta, aunque su rostro rubicundo y

perfectamente afeitado demostraba claramente que se encontraba joven. Llevaba un buen sombrero y sus ojos eran grises, al igual que su pelo. La corbata era de seda y el clip de su estilográfica, de oro. La alianza y un tresillo de diamantes en sus dedos, completaban la estampa. Muy bonita.

—¿Puedo sentarme?

A su interrogación, respondí con un movimiento de cabeza que a nada comprometía. Estaba en guardia y él pareció darse cuenta.

—Me ha costado encontrarle...

—¿Para qué?

—Estuve en su despacho y el chico del ascensor no sabía nada de usted, pero cinco dólares hicieron milagros.

Se había quitado el sombrero y lo había depositado con cuidado, mirando antes si estaba limpia la mesa.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar? —pregunté sosteniendo su mirada.

—Me llamo Stuart Kellog, de la firma «Kellog & Davidson», banqueros.

Su terno gris plomo, de jugosa y fina lana, no podía ser pagado más que por un banquero.

—Mi oficina se abre a las tres de la tarde —me hice de valer.

—No puedo esperar hasta esa hora —dijo mirando su reloj de oro cuyas manecillas marcaban la una y media.

—Lo siento. Ésta es mi hora libre.

Refutó mis palabras con un simple movimiento de labios.

—Usted es hombre inteligente y yo acostumbro a saber reconocerlos. Nos necesitamos mutuamente.

—¿De verdad?

—Sí; y por tanto es preciso que actuemos con rapidez. Quiero que trabaje para mí. Le daré mil por adelantado y sucesivamente las cantidades que vayan siendo necesarias. Diez mil al final. ¿Vale?

Luché con todas mis fuerzas para no arrojarme en sus brazos y besarle como si fuese mi padre. En lugar de eso, traté de ser displicente.

—Mi tranquilidad y mi descanso no se vende, señor Kellog. A las tres de la tarde tendré mucho gusto en escucharle.

Fui a levantarme, pero su mano enojada me lo impidió.

—No se precipite. Le he ofrecido un buen precio y usted lo sabe. No tire de la cuerda porque se puede romper. Aún no he terminado de hablar.

—Bien... —Me rendí—. ¿De qué se trata?

—Usted ya debe estar en antecedentes...

Pixley se acercó obsequioso, pero le rechazé con un gesto. Kellog jugueteó con su alianza hasta que el dueño de la cafetería estuvo lejos. Entonces, soltó:

—Necesito que regrese a la casa de Doris Anderson, en Sausalito. Me tambaleé como si alguien me hubiese golpeado en la frente.

—No entiendo...

—Estamos hablando de negocios, Tino —por primera vez utilizó mi nombre—. He estado allí después que usted y he visto el sobre con las perlas. Ese sobre le pertenece, tiene sus huellas y el matasellos es de ayer tarde. La policía sabrá sacar deducciones...

El ambiente de la cafetería habíase hecho súbitamente irrespirable para mí. Aquel descuido equivalía a una tarjeta de visita indicando al posible autor del crimen. ¿Cómo podía haber sido tan descuidado? Pero Kellog continuaba hablando sin permitirme recobrar alientos.

—¿Comprende ahora por qué he dicho que debe regresar?

Mis dedos se crisparon en el borde de la mesa acometido de súbito pánico por las consecuencias que aquel error podía tener.

—¿A qué se debe su generosidad, señor Kellog? —Pude preguntar al fin.

—No hay nada de eso. He estado allí y vi el cadáver de Doris. La impresión me hizo olvidar mis guantes sobre la mesa del *living*, donde acostumbro a dejarlos. Cuando salí no tenía la cabeza para pensar en esa minucia... que puede costarme cara. Mis guantes de conducir tienen mis iniciales entrelazadas y la etiqueta del lugar donde los compré. Media hora le bastaría a la policía para averiguar que estuve allí...

Cerré los ojos y apreté las mandíbulas fuertemente para reaccionar. Cuando hablé de nuevo, estaba dispuesto a bajar al infierno si fuera preciso con tal de recuperar el sobre que me comprometía.

—¿Me equivoco si adivino que lo que usted desea es que recoja sus guantes?

—Eso es lo que pretendo de usted... de momento.

—¿Y después?

—Pase por mi despacho y hablaremos. A partir de este instante, trabaja para mí. ¿Sabe lo que eso significa?

—Sí; tengo que proteger por todos los medios a mi cliente.

—Exactamente, por todos los medios —recalcó.

Me levanté y me calé el flexible.

—¿Dónde tiene su despacho?

—En el 1510 de la Séptima Avenida. Tome, para los primeros gastos —y me tendió un sobre exactamente igual al que había encontrado en el bolso de Doris Anderson.

—Si dentro de una hora no estoy con usted, llame al mejor de sus abogados y cuénteselo todo, sin olvidarme a mí. El capitán Banner me tendría en tratamiento.

Salí y cerré con rabia la portezuela de mí «Ford». Pulsé el arranque y apreté el embrague, saltando el vehículo hacia adelante con abundantes chirridos. ¡Tenía que volver al avispero!

Procuré serenar mi ánimo por el camino y disponer mi cerebro como un aparato de alarma perfectamente organizado. Mentalmente, tracé el plan de acción calculando hasta los minutos que tardaría en hacerlo todo. Aparcaría más allá de la residencia de Doris para no despertar sospechas. Entraría procurando no ser visto. La puerta continuaría abierta y podría penetrar en la casa con facilidad. Sobre la mesita del *living* estarían los guantes de Kellog. Tenía que cogerlos y metérmelos en el bolsillo. Luego, entrar en el dormitorio de Doris donde estaría el sobre con su collar de perlas. Dejarlas en cualquier sitio y guardarme lo que me comprometía. Tres minutos y mil dólares en el bolsillo, además de haberme librado de un buen aprieto.

A aquella hora, el tráfico había decrecido en el Golden Gate. Sausalito apareció a mi derecha en cuanto salí del puente, y hacia la residencia de la rubia de los gatos enfilé mi vehículo deseando que no hubiese sido descubierto el cadáver todavía.

Las cercanías estaban desiertas, como amodorradas por la canícula solar. Bendije al sol y al calor que hacía dormir la siesta a los vecinos copiando la costumbre española, y aparqué en el lugar previsto. Luego volví sobre mis pasos hasta empujar la verja. Caminé por el borde del sendero para evitar que mis zapatos

crujiesen en la gravilla y subí a la terraza. Todo permanecía igual al parecer.

Empujé la puerta y ésta cedió con leve gemido. Contuve hasta los latidos de mi corazón temiendo que hubiese sido escuchado, pero me percaté de que mis temores eran excesivos. Entré.

Los guantes de Kellog estaban donde él me dijo. Guardármelos en el bolsillo fue cosa sencilla. Luego, pisando de puntillas, como si allí hubiese alguien más que un cadáver, penetré en el dormitorio de Doris.

Pero algo había cambiado allí. No tenía la plácida serenidad, con aspecto íntimamente femenino que yo había advertido, sino que todo estaba revuelto. Los cajones volcados, los cuadros que adornaban las paredes rasgados, los vestidos del armario por el suelo, las maletas en un rincón abiertas, los cojines reventados y Doris tirada en el suelo con violencia, habiendo perdido su aire recoleto y todavía sugestivo aún en su muerte, para convertirse en un cadáver semivestido y contorsionado, maltratado después de morir. El colchón había sido abierto en canal y sus plumas reposaban en los muebles cercanos como una nevada fina y acariciadora. Sentí una rabia inmensa contra el autor de aquellos desmanes y recogí del tocador el sobre que me comprometía echándomelo al bolsillo después de haberlo vaciado de las perlas.

Me dio pena el cuerpo indefenso de Doris y la cubrí con una sábana antes de salir, el resto de las habitaciones no habían recibido mejor trato por lo que era fácil adivinar que quienquiera que fuese el autor de aquello, estaba buscando algo que quizá no encontró.

Percatándome de que no olvidaba nada, fui a la puerta de la terraza y la abrí. Un cuerpo me obstruyó la salida.

La placa de su pecho destelló con el sol.

—Buenas tardes, señor —me saludó el agente de policía tocándose la gorra.

Noté que el corazón se desbocaba en mi pecho.

—Hola —dije amargamente.

—Calor, ¿eh?

—¡Ya lo creo! Aunque empiezo a notar frío.

Me miró dubitativo para decir:

—Será fiebre. Haría bien en avisar al médico.

Ni yo le permitía entrar ni él facilitaba mi salida con su enorme

corpachón cubriendo la puerta. Fueron unos segundos angustiosos durante los que empecé a sentir el gélido contacto de las esposas contra mis muñecas.

—¿Está la señorita Anderson? —preguntó tratando de mirar por encima de mi hombro.

—Pues... sí. Pero se ha acostado. Estaba fatigada y...

—¿Es usted amigo de ella?

—¿Amigo? —Tragué saliva—. Sí, sí... Desde luego.

—Hermosa mujer, ¿verdad?

—Eso es; hermosa mujer.

Volvió a mirarme y no supe lo que había tras aquellos ojos fríamente curiosos.

—¿Se encuentra bien?

—Desde luego.

—Perdone. Creí verle temblar. Cuando llegue a casa avise al médico y mientras acude tómese una aspirina. Podría ser gripe. He oído decir que el intenso calor también la provoca...

—Agradecido... —Y me atreví—: ¿Deseaba algo?

Me sonrió y se rascó la nuca.

—¡Claro que sí! No me acordaba ya... Con este calor... Venía para avisarles de que el jardín esta recientemente regado. El agua de la manguera automática ha inundado el césped y ahora se sale a la acera.

Debí lanzar un sonoro suspiro de alivio, por cuanto él me miró con aire preocupado, pero no dijo nada. Yo sonreí:

—¿Sólo es eso? No es preciso molestar a la señorita Anderson por tal futilidad. Cerraré yo mismo la llave del contacto.

Le empujé y me dejó paso. Entonces cerré de un portazo y el pestillo encajó en la cerradura cortando toda posibilidad de poder entrar, de no ser por la parte posterior donde estaba la cocina.

El agente me siguió pesadamente y fui hasta la boca de riego. Efectivamente, el agua había empapado el césped desplazándose hacia la calzada. Hice girar la llave con el pañuelo para no dejar huellas y el agua cesó de mover los dos brazos que formaban el sistema de riego automático en forma de lluvia que estaba funcionando desde que unas horas antes lo accioné por indicación de Doris.

El policía seguía cada uno de mis movimientos. Cuando terminé,

me sequé las manos con el pañuelo y le sonreí.

—Gracias, agente. Hasta la vista.

—Buenas tardes, señor. No olvide lo de la aspirina.

Me encaminé a mí «Ford» y arranqué alejándome velozmente de allí. Había pasado los momentos más peligrosos de mi vida y ahora, estando a salvo, el hecho de recostarme en el mullido respaldo, significaba el mayor placer. Respiré profundamente y calculé cuál era mi posición. Aunque acababa de escapar, eso no quería decir que estuviese libre de toda sospecha. En cuanto se descubriese el crimen, el policía no dejaría de recordarme y sería capaz de describirme con pelos y señales. La fatalidad había jugado en mi contra... y me había derrotado, sólo podía hacer una cosa para paliar mi difícil situación.

Cuando crucé el puente y me encontré de nuevo en el centro de San Francisco, busqué un teléfono público y metí una ficha en la ranura.

—¿Policía Metropolitana? Tome nota de lo siguiente: en el 340 del San Francisco Bay Boulevard, en Sausalito, está el cadáver de Doris Anderson.

—¡Oiga, oiga! —apremió la voz del agente de guardia—. ¿Quién dijo que llamaba?

—No lo dije, pero dígle al capitán Banner que se trata de un amigo. Y no me den las gracias por el favor.

Colgué y salí. Veinte minutos después estaba en la antesala de mi cliente, en el edificio Kellog & Davidson.

—Sus guantes, señor Kellog —dije tirándoselos sobre el escritorio.

El financiero los tomó, comprobó que eran los suyos y los guardó en uno de los cajones. Sólo entonces me autorizó:

—Siéntese.

Pero yo ya lo había hecho, cruzando, además, las piernas con despreocupación. Aunque él tuviese los millones, yo manejaba la situación por cuanto su participación en aquel asunto no estaba muy clara.

—¿Dificultades?

—Alguna, pero usted tiene los guantes, que es lo que le interesa.

—En efecto.

Tomé de su pitillera un cigarrillo y lo encendí, sintiéndome por primera vez desde hacía varias horas con cierta tranquilidad. El sillón de cuero era agradable y acogedor, y los billetes de mi bolsillo me daban considerable seguridad, especialmente porque hacía varios meses que no veía de semejante tamaño.

—Le escucho, señor Kellog.

—Estaba pensando en cómo debería empezar a contárselo.

—Por el principio. Es la forma más comprensible.

—Por cierto —sonreí—, si no sabe cómo decirme que Doris Anderson era su... ¡ejem!... protegida, puedo decirle que lo he adivinado.

Mis frases las volatizo con un leve movimiento de su mano.

—Eso no me preocupa, señor Rey, aunque me gustaría saber cómo lo ha averiguado.

—Llámeme Tino, es más fácil de pronunciar. En cuanto a su pregunta... vi en el bolso de Doris un sobre con quinientos dólares en billetes de cien. Un sobre como el que me ha dado a mí esta tarde. ¿Pedía mucho ella?

—No mucho más que cualquier mujer de su clase.

—¿No siente lo que ha ocurrido?

—Sí, pero no afectivamente.

—¿No la quería?

—No sentía hacia ella ningún afecto; ni físico, ni espiritual. No soy hombre capaz de tener aventuras. Estoy casado y...

—¡Vamos, señor Kellog, no pertenezco a ninguna liga de moralidad!... —me burlé.

—No tengo por qué mentirle en un asunto tan... vulgar.

—¿Entonces?

—Todo tenía un fin. Bien es verdad que me he visto precisado a desempeñar mi papel de hombre maduro que goza con una aventura extralegal y picaresca, una farsa que he estado obligado a desempeñar con toda autenticidad. Doris era una mujer muy notable, físicamente extraordinaria. Una verdadera pitonisa del amor, pero prefiero el de mi mujer puesto que con ella me casé.

—Si no sentía afán de aventuras, ni le excitaba lo misterioso, ni le atraía la vitalidad de una mujer así... ¿qué buscaba en ella?

—Una información.

El cigarrillo que había empezado a llevar a mi boca quedó a

mitad de camino, paralizado mi brazo por la sorpresa.

—¿Información?

—Sí; no sé si puedo confiar en usted plenamente —dudó, pellizcándose los labios y mirándome calculador y firme.

Me molestó su desconfianza y me levanté de un tirón.

—Debí dejar que recuperase usted mismo sus guantes.

Me indicó el sillón nuevamente, con expresión satisfecha.

—No se irrite, Tino. Es éste un asunto muy grave y no debe extrañarle que tenga mis vacilaciones. Pero confío en su discreción. ¿Recuerda que hace tres años tuvo lugar un fabuloso robo en este mismo edificio?

¡Ahora sabía de qué me sonaba el nombre de Kellog!

—Sí, señor Kellog. Un robo que conmovera a la opinión pública y puso en marcha al propio F.B.I. Fue mucha cantidad, ¿verdad?

—Cinco millones.

—Por cinco millones cruzaba yo a nado el Pacífico.

—Fue un buen golpe.

—Casi perfecto. Ocurrió a las ocho de la mañana, en cuanto abrimos el edificio para los empleados. Alguien les debió decir que había esa cantidad, llegada la noche anterior procedente de un pago. Aquí jamás hay dinero porque esto sólo es la central administrativa de nuestros negocios bancarios y financieros. Pero aquel día, como le digo, teníamos esa cantidad. El robo tuvo lugar en cuatro minutos, un tiempo «récord». Cuando los empleados dieron la alarma, se había perdido todo rastro de los ladrones. Pero la policía se movió rápida y el F.B.I., intervino con su potente organización. En cuatro semanas logró descubrir a los autores y localizarlos, pero éstos huyeron. Eran «Loco» Hansen y su banda. Se dirigieron hacia el este, buscando tierra en la que desvanecerse y se introdujeron en el Yosemite Área; ya lo conoce usted. Constituye una extensión de

757 000

acres de valles, montañas, ríos, praderas y rocas. Un área que constituye por sí sola un estado, con infinitud de sitios donde perderse. Los guardas forestales colaboraron activamente y fue descubierto su escondrijo. Se les sitió, se les conminó a rendirse, pero como habían matado a dos de mis empleados y a un policía, prefirieron morir matando. Ni uno solo se salvó. Pero el dinero no

fue hallado... y la póliza de seguros no cubría el riesgo de robo por valor de cinco millones, puesto que, como le he dicho, aquí nunca hay dinero y éste está siempre en mis bancos. Resultado: cinco millones de dólares que perdimos limpiamente. La policía y los guardas buscaron por todas partes intentando hallar el escondrijo de tan fabuloso capital, pero no hubo éxito.

La narración había sido concisa y reveladora.

—¿Dónde entra Doris Anderson?

—Anderson era su apellido de soltera; el que le correspondía era el de Hansen. En la actualidad era la viuda de «Loco» Hansen.

Me abaniqué con una carpeta.

—Hansen no debía ser tan loco como afirma su alias si supo cazar a Doris.

—O ella le cazó a él.

Era una posibilidad que no podía desdeñarse.

—¿No se vio ella mezclada en el asunto de su marido?

—Pudo probar que había reñido con él un mes antes y a partir de esa fecha presentó coartadas inamovibles. Tan perfectas que sospechamos sabía lo del robo con antelación, aunque eso no podía ser posible porque la llegada de esos cinco millones fue imprevisible. Me inclino a creer que puso a su marido a remojo diciéndole que mientras no diese un buen golpe, no volviera junto a él. Ella le conocía y sabía que intentaría lo imposible por servirle un buen bocado a condición de que ella regresase y se comportase con amabilidad. Por eso, y en previsión de un fracaso, se cubrió las espaldas con una red de pruebas que la hicieron inexpugnable.

—Me dio la impresión de ser lista.

—Lo era. Pero toda mujer lista tiene siempre sus fallos. Y le gustaba mucho el dinero. Me preocupé de que me conociese «por casualidad» y también «inadvertidamente» nos encontramos en diferentes lugares... Me sentí «inclinado» hacia ella y ella «se prendó» de mi encanto personal. Todo fue demasiado vulgar para contárselo y puede imaginárselo con sencillez. Compré la villa de Sausalito a la que acudía de vez en cuando en mi papel de maduro donjuán y esperando sonsacarle algo. A pesar de que la policía había dado carpetazo al caso, me propuse llegar hasta el final con paciencia y astucia, cualidades que la policía en ciertos casos deja a un lado. Eran cinco millones y no podía permitir que se perdiesen.

—¿Por qué sospechaba que ella sabía algo?

—Pura deducción. Conociendo la terrible pasión que despertó en «Loco» Hansen, no es difícil suponer que él le comunicó de alguna forma lo que había hecho. Además...

—¿Qué?

—En la banda de «Loco» Hansen había un muchacho llamado «Baby» Arnold, era poco más que un adolescente como indicaba su apodo. Fue el único que no murió con los suyos.

—¿Qué fue de él?

—Logró huir, nadie sabe por dónde ni cómo. El caso es que su cadáver no apareció, pese a la minuciosa identificación, que se hizo de todos los cadáveres, algunos destrozados por las balas y su caída por los precipicios, entre ellos el del propio «Loco» Hansen. «Baby» Arnold, como digo, huyó y sospecho que fue con una misión: llevar un mensaje a la mujer de su jefe. Digo esto porque la noche anterior a haber aparecido su cadáver en la playa, un vecino afirmó que había visto un descapotable lleno de polvo y barro cerca de donde ella vivía. Es una pista tan débil que se rompe en cuanto se tira del hilo. Calculo que «Baby», el más enfermizo admirador y enamorado de la mujer de su jefe, le llevó un mensaje o una información. Con toda probabilidad el paradero del dinero para que lo recogiese ella caso de que ninguno se salvase.

—¿Dice que «Baby» Arnold apareció muerto en la playa? — pregunté subyugado por la narración, que hacía revivir el caso más apasionante de los últimos tiempos.

—Sí; la autopsia reveló que había muerto ahogado. Llevaba en el cuerpo dos balas bastante antiguas, probablemente recibidas en su huida del Yosemite, y aunque no eran muy graves las heridas, la infección y la anemia le agotaron. Cuando salía de San Francisco hacia el sur, debió perder el conocimiento mientras conducía y se hundió en el agua con su vehículo. Como era descapotable, no fue arrastrado al fondo y así, a la mañana siguiente, unos alegres deportistas descubrieron su cuerpo zarandeado contra los arrecifes.

Dejó de hablar mientras sacaba de un armario una botella «White Horse» y dos vasos, en los que escancié una generosa ración de tan excelente *whisky*.

—¡Cuánto me gustaría ser millonario! —afirmé mirando el licor al trasluz.

—Tenemos demasiados quebraderos de cabeza. No se lo aconsejo, Tino. Vivía mucho más feliz cuando era simplemente un alto empleado de mi socio actual. Ahora tengo todas las responsabilidades que antes no existían para mí. Bien, continuando... Logré dejarme «cazar» por Doris, esperando que ella tuviese alguna vez un descuido.

—¿Lo tuvo?

—No.

—¿Sospechaba de usted?

—¡No! —rió—. Era demasiado inteligente para pensar eso. Creía simplemente que continuaría siendo para ella la gallina de los huevos de oro, como lo fui para su marido.

—¿Qué significa la muerte de esa mujer?

—La pérdida de casi todas mis esperanzas de recobrar el dinero. Si ella lo sabía, el secreto se lo ha llevado a la tumba, a no ser que entre sus cosas haya algo que indique dónde puede hallarse ese tesoro.

—¿Quién ha podido matarla?

—No lo sé. Sólo conocía su vida a partir de «Loco» Hansen. Ha podido ser un castigo de otra época anterior o...

—Siga, ¿por qué se ha detenido?

—Bien podría ser... —vaciló—, que alguien vaya tras el mismo tesoro y...

—... haya silenciado su boca después de conseguir arrancarle su secreto. Pudiera ser, pero me hace vacilar una cosa.

—¿Cuál?

—Cuando he ido para recoger los guantes, alguien había estado entreteniéndose en buscar algo...

—¿Eso significa que no lo encontró antes matarla? O que hay un tercero en discordia... Por cierto, ¿a qué fue usted allí esta mañana? El sobre que vi y que había sido dirigido a usted, lo había escrito ella. ¿Qué le decía en aquella carta?

—Quería que buscara uno de sus gatos...

—¿Gatos? —Se pellizcó los labios reflexivamente—. ¿Gatos? Se me está ocurriendo una idea, Tino Rey.

—Creo que también a mí.

CAPÍTULO V

Era aquello tan evidente y visible que no lo había visto. Siempre ocurre igual, pero me fastidiaba que me hubiese sucedido a mí. De pronto, como un fogonazo, aparecía ante mis ojos la realidad de que Popy debía saber bastante más de lo que me dijo. Sus palabras enigmáticas y sus divagaciones, al parecer sin sentido me conducían a una sola conclusión: sabía algo más de los gatos y quizá también lo que ellos significaban.

No era extraño que no hubiese concedido una gran importancia a sus palabras, si se tenían en cuenta mis deseos de acabar aquel formulismo para reunirme con Doris. A pesar mío, me daba cuenta de que la rubia de los gatos había ejercido sobre mí una influencia excesiva para mi tranquilidad. De no haber muerto, ¿quién sabe lo que hubiese sido capaz de hacer de mí?

Al meter la llave en el encendido del motor me sentía más optimista. Tenía un cliente que merecía todos mis respetos, unos datos no muy abundantes, pero significativos y un caso en el que ocuparme, después de cerca de tres meses de enmohecida inactividad.

De la Séptima Avenida salí a Lincoln Way, y después de bordear el parque Golden Gate, desemboque en Argüello Boulevard para salir casi en frente del edificio donde estaba mi despacho en California Street.

Al oírme silbar, el chico del ascensor, comentó:

—Me enteré de que al final le cazaron; lo siento.

—No te preocupes. Me trajeron la buena suerte.

—El parche de su nuca dice lo contrario.

Sonreí palpándomelo:

—¿Te refieres a esto? La vida nos da muchos golpes, muchacho —filosofé.

—¿La vida? Yo creí que habían sido dos tipos de cuidado.

Se detuvo el ascensor en mi piso y se corrieron las portezuelas. Fui a salir, pero ella me lo impidió al intentar entrar.

—Jackie, querida —la saludé.

Al verme, puso gesto avinagrado. Acababa de retocarse el *rouge* y sobre la frente caía un rizo estudiado, de impecable factura. Parecía una ninfa adolescente embutida en prendas algo estrechas.

—He estado todo el día preocupada por lo que pudiera ocurrirte y ni siquiera tuviste la idea de llamarme —me reprochó.

—Jackie, es que... fui a disculparme.

Pero Tommy, el chico del ascensor, nos interrumpió abruptamente:

—No puedo pasarme aquí toda la tarde.

—Lo comprendemos, Tommy —puse la mano en el hombro de Jackie y empujé. No tuvo más remedio que dejarme paso para salir de la caja. Luego, la tomé del brazo que estaba firme y turgente, y la arrastré pasillo adelante hacía mi despacho.

—Oye, Tino —protestó—. No tengo el tiempo para perderlo contigo. Estoy citada y...

Abrí mi despacho y la hice entrar. Cerré con el pie y antes de que pudiese evitarlo, la estreché contra mi pecho. Al principio me pareció una ballesta difícil de dominar y que saltaría a su posición primitiva.

—No me gustan los piratas que toman lo que no es suyo —dijo sacando del bolso un espejito y la barra de carmín.

—Lo robado es lo que más agrada, Jackie. Pregúntalo a los ladrones.

Me miro y sacó de su bolso un pañuelito perfumado tendiéndomelo:

—Limpiate. No puedes ir con «eso» por la calle.

Cuando lo hice, quiso salir, pero se lo impedí.

—No corras tanto, Jackie. Tenemos que hablar.

—Otro día. Él me está esperando y...

—¿Él? —exclamé furioso—. ¿Quieres decir que hay un hombre al que has citado?

—Claro. No veo nada malo en ello.

—Yo sí. No consiento que...

—¿No consientes? —rió—. ¿Acaso soy tu novia?

Estaba bonita y apetecible. Precisamente el tipo de mujeres que

uno busca sin encontrar muy a menudo. Pensar que ahora iba a salir con otro, me puso un humor de mil diablos. No podía consentirlo. Siempre he sido muy exclusivista para las mujeres. Como la fruta, se malogran si no se las maneja con cuidado.

—No consentiré que te vayas, Jackie. Escucha —me acerqué y la tomé de los brazos, sintiendo la tersura de su carne bajo la fina seda de la blusa—, tengo un buen asunto y he conseguido levantar cabeza. No soy un pordiosero y a mi lado tendrás más de lo que yo tenga para mí. Quédate...

—¿Es eso una declaración de amor? —se burló.

Abrí y cerré las manos, respirando hondo.

—Está bien, vete. Seguro que él podrá comprarte joyas. Aunque no pienses que va a dejar de cobrarlas.

Tiré de la puerta y señalé el pasillo.

Pero no salió. A las mujeres no hay quien las entienda.

—¿Es peligroso ese asunto? —preguntó, en lugar de inquirir «¿Te dará dinero?». Realmente, no lo entendía.

—Quizá. Por eso he venido a recoger mi pistola.

La saqué del escritorio y, después de comprobar que estaba cargada la enfundé en la sobaquera, colocándome a continuación los correajes para ceñirla al pecho. Ella me ayudó y noté que se había perfumado bien. Cuando terminó de hacerlo levantó la mirada hacía mis ojos como invitándome a que la tomase de nuevo en mis brazos. Lo hice y noté una gran tranquilidad al hacerlo. Como si aquella proximidad me infundiese nuevos ánimos y fuerzas renovadas. Sus ricitos me hacían cosquillas en la boca y ella reclinó su frente en mi pecho. Su cintura era tan breve y frágil que casi podía ceñirla con las dos manos. Me incliné buscando sus labios y la puerta se abrió, quedando el propio Mason enmarcado en ella.

—¡Ah! Estáis en pleno idilio —dijo cínicamente—. Tommy afirmó que aquí os encontraría.

Deshice el abrazo y le invité.

—Pasa. Por primera vez desde hace tiempo puedo invitarte a entrar en mi despacho.

Mientras Jackie se componía el peinado, su jefe entró en mi oficina con su paso cauto, su escasa estatura y su cuerpo excesivamente musculoso, lo que le hacía, parecer obeso, no habiendo en su anatomía ni un gramo de grasa.

—¿Es que te van las cosas bien, Tino? —preguntó.

—No puedo quejarme.

—¿De qué se trata?

—Un asunto de gatos. No lo entenderías. Tú estás especializado en divorcios, para lo cual es preciso llevar siempre una flor en la solapa —dijo señalándosela.

—¿Gatos? No creía que fueras de la Sociedad Protectora de Animales. Ahora comprendo que te cuides tanto —después de reír su propio chiste, añadió—: ¿Y estabas declarándole tu amor a Jackie? A pesar de que ella te haya vuelto a dar calabazas, no es para ponerse mustio. ¿Quieres que lo celebremos en algún sitio?

—Gracias, he de trabajar.

—¿Trabajar siendo de noche?

—Todavía no se ha ocultado el sol, pero aunque así fuese no puedo entretenerme. Uno nunca sabe lo que puede hacer un marinero chiflado.

—Estás hoy muy misterioso, Tino —se burló—. Bien. Mientras trabajas, piensa que la noche se ha hecho para divertirse. Yo estaré con Jackie...

Miré a la muchacha y vi que lo que sintiese hacia mí, si es que sentía algo, había desaparecido. Cerró su bolso y se puso a la altura de su jefe.

—Cuídate, Tino —se despidió.

Me quedé amargado y solo. Lamenté tener que dirigirme a Sausalito en aquellos instantes. De no ser por la urgencia del caso, le hubiese demostrado a Mason que quién se llevaba a Jackie era yo...

Cerré mi oficina y llamé al ascensor. Tommy dijo entrometidamente:

—Otro día será. Esta vez le birlaron la chica.

—Oye, Tommy, algún día probarás mi mano si sigues metiéndote donde no te importa.

El muchacho se encogió de hombros despectivo, y rezongó:

—No hay peor genio que el del gallo pelado.

Antes de llegar al puente Golden Gate había anochecido por completo. Compré la última edición vespertina y pude leer que Doris Anderson había sido descubierta, estrangulada en su villa de Sausalito. El capitán Banner, encargado de la investigación, había

declarado a los periodistas que se encontraba sobre la buena pista, siguiendo de cerca al asesino, y que no tardaría en revelar el nombre del culpable. Lo de siempre.

Cuando llegué a mi destino, tuve el atrevimiento de pasar por el Boulevard donde Doris había sido asesinada para ver qué hacía la policía por allí. El número 340 estaba a oscuras y silencioso, aunque dos policías permanecían en la entrada vigilando el lugar del crimen. Se habían llevado el cadáver y los técnicos de la sección habrían pasado por el escenario del asesinato como bandada de langostas en busca de una pista.

La cabaña de Popy estaba en tinieblas también. Aparqué el coche en las cercanías y me dirigí hacia ella, lamentando que se hubiese acostado porque pensaba hacerlo levantar. Llamé a la puerta y nadie respondió. Volví a insistir y a los golpes la puerta cedió unos centímetros.

¿Estaba abierta? Un escalofrío recorrió mi espalda pensando lo que iba a encontrar. Sentí de pronto tentaciones de huir a la carrera de allí para verme libre de otro asesinato, pero tenía que llegar hasta el fin. Empuñé el revólver y con la mano izquierda accioné una linterna de bolsillo al tiempo que empujaba bruscamente la puerta.

El delgado rayo de luz recorrió los muebles sin descubrir nada de lo que esperaba. Extrañado, avancé y entonces algo cayó sobre mi nuca por segunda vez.

Lancé un gemido doloroso y me desplomé a tiempo de evitar otra caricia más contundente. Choqué contra el suelo y rodé sobre mí mismo luchando por no perder el conocimiento, a la vez que mordía mis labios para no exhalar ni un gemido.

De ambos lados de la puerta brotaron tres sombras que llevaban a una cuarta más menuda, sin duda Popy. Haciendo un esfuerzo sobrehumano levanté el brazo abriendo enormemente los ojos para no dejarme vencer por los vahídos. Tenía que disparar y hacerlo pronto si no quería perderlos definitivamente. Tardé horas, según creí, en colocar el codo contra suelo y apuntar. Contuve hasta la respiración para apretar suavemente el gatillo y no desviar el tiro. Sonó un estampido, el fogonazo me deslumbró haciéndome recobrar súbitamente, y una de las sombras pegó un salto, alcanzada de lleno.

Instintivamente, me levanté para protegerme en el quicio de la puerta. Lo hice a tiempo porque junto con dos palabrotas, llegaron otras tantas balas buscando rabiosas mi cuerpo y estrellándose donde unos segundos antes me encontraba. Disparé a mi vez con más tranquilidad porque sus figuras se recortaban contra el cielo. En otra de las sombras noté una especie de espasmo, como si hubiese sido alcanzada, aunque quizá fue mi vista no muy sensibilizada en aquellos instantes.

Entonces se arrojaron a la arena de la playa y desde allí hicieron fuego contra mí. Los disparos restallaban en la serenidad de la noche con una sonoridad impresionante. Forzosamente tenían que ser oídos en las cercanías por lo que aquello no tardaría en estar lleno de policías. Toda mi misión consistía, pues, en aguantar firmemente y no permitir que se escapasen hasta que estuviesen rodeados.

Uno de los raptos se había desplazado hacia su izquierda buscando mi cuerpo escondido en el quicio de la puerta. Uno de sus disparos pasó con su aleteo mortal junto a mi oreja haciéndome tragar saliva entrecortadamente por su proximidad, y respondí con rabia y furia. Mis balas levantaron una cortina de arena al estrellarse en la playa, en las proximidades de mi enemigo, pero no debí alcanzarle porque respondió al instante cada vez con más peligrosa proximidad.

Escuché en aquel instante el ruido de un motor y el corazón me dio un vuelco pensando que sería la policía, pero al no percibir las sirenas me di cuenta de que me había equivocado.

El vehículo penetró velozmente en mi campo de tiro y antes de que pudiese evitarlo con mis disparos, había enfilado la puerta de la cabaña encendiendo simultáneamente los faros. Quedé bañado en luz e Incapacitado para ver a mis enemigos. Me arrojé al suelo con celeridad y disparé a ciegas contra los faros. Uno saltó en mil pedazos, pero varios balazos se clavaron a mi alrededor obligándome a ocultarme definitivamente sin posibilidad de continuar disparando.

No tenían tiempo de matarme y se limitaron a penetrar en su coche mientras a lo lejos sonaba ya el ulular de las sirenas policíacas. El motor del vehículo roncó potentemente y unos segundos después volaban hacia la ruta 101, en dirección a San

Rafael.

Manteniendo firmemente asida el arma, salí de mi escondrijo procurando escaparme del cerco de la policía, pero ésta había corrido demasiado para que me fuese factible la huida. Varios focos iluminaron la entrada de la cabaña y una voz gritó:

—¡Tire el arma y venga con los brazos en alto!

No había otra solución. Era lamentable verse cazado tontamente, pero sé cuándo me toca perder.

—Harían mejor persiguiendo a los que huyen. Van por la 101 a San Rafael.

—No pretenda enseñarnos nuestro oficio, amigo —rezongó un sargento.

Cuando estuve cerca, mientras varios policías uniformados me apuntaban con sus armas, un agente se acercó a mí por la espalda y me cacheó concienzuda y eficientemente. No tenía más armas y así lo dijo.

—Esta bien. Entre en ese coche.

Otro sargento estaba comunicando por radio:

—Atención patrullas ruta 101 hasta San Rafael, hay que detener fugitivos que van en esa dirección. Huyen en «Chevrolet» negro, no he visto matrícula...

—Tiene un faro deshecho de un disparo —le ayudé para congraciarme con él.

Me miró y dijo:

—... al parecer lleva un faro astillado. Van armados y son peligrosos. Corto.

Alguien había adornado mis muñecas con unas frías esposas. Se las señalé al sargento.

—Oiga, esto es un atropello...

—¿Verdad que sí? Ya hablaremos de eso en comisaría —elevó la voz y ordenó—: ¡Recoged ese cadáver y que se quede un coche de vigilancia!

CAPÍTULO VI

El capitán Banner tenía una especial forma de sentir antipatía hacia los detectives privados. Aunque se lo hubiesen preguntado, no habría podido decir las causas. Eran tan impalpables y al mismo tiempo tan reales, como el disgusto que produce una corbata o la alergia al alcohol. Además, a mí me la tenía jurada y no se molestó en disimular su alegría cuando me vio aparecer, escoltado por sus pachones.

—Te dije que te largaras de San Francisco, Tino —me sonrió haciéndosele la boca agua.

—Me gusta el clima —y me encogí de hombros despectivo, como si mirase a una cucaracha.

—Lo lamento por ti —susurró. Era tanto como decir: «Después de que te empapele, no te librará ni el propio Ike».

Su despacho era amplio, y frente a su mesa habían colocado una silla de respaldo recto en la que me hicieron sentar. Banner se sacó la chaqueta así como la corbata, desabrochándose el cuello de la camisa y subiendo las mangas por encima del codo. Era un buen preparativo y sabía para qué iba a servir.

Entraron tres fulanos, un taquígrafo y una caja de «Coca-Cola».

Los primeros imitaron a su jefe y la última se estuvo quietecita esperando que los demás sintiesen reseco. Por mi parte, yo no pensaba utilizar sus húmedos servicios porque no iba a gastar mucha saliva. En un interrogatorio pueden ocurrir dos cosas: o hablas, y entonces todo va sobre ruedas, sobre todo si dices lo que quieren que digas; o permaneces mudo, olvidándote que tienes lengua, en cuyo caso es una juerga. Yo pensaba corrémela y hacerla correr a los demás.

—¡Que no me moleste nadie! —ordenó Banner.

Cerró con pestillo y vino hacia mí. Uno de los fulanos encendió

un foco y tuvo la ocurrencia de apuntármelo a los ojos. Yo le maldecí eficientemente por lo bajo y estuve a punto de ganarme la primera de la noche.

Banner apoyó su retaguardia en el borde del escritorio y empezó con su habitual discursito antes de interrogar.

—Será mejor que no nos hagas perder el tiempo, Tino —advirtió recitando una lección aprendida cuando ingresó en el cuerpo, y cuya única variante era el nombre del «pagano»—. Sabemos muchas cosas y queremos que nos ayudes portándote bien. Si lo haces, esto será una entretenida conversación de amigos, si te niegas, es posible que nos hagas sudar, pero tú echarás la gorda. No obstante, legalmente debo advertirte que todo cuanto digas quedará anotado y puede ser utilizado contra ti.

—¡Bravo, Banner! —me burlé—. Le ha salido bordado. ¿Dónde lo aprendió?

La pulla le dio en el corazón y tuvo que morderse los labios para contener los deseos de largarme un guantazo como una coz.

El tipo de mi derecha, un tío seboso que olía a ajos, puso su boca en mi nariz para gritarme:

—¿Qué hacías en la cabaña de Popy?

Retrocedí vivamente impresionado por la vaharada y advertí:

—Oiga, jefe, los gases asfixiantes están prohibidos.

Otro de mi izquierda me espetó:

—¿Qué hiciste esta mañana en la residencia de Doris Anderson?

Era una trampa demasiado tonta.

—No sabía que mi casa hubiese cambiado de dueño.

—¿Confiesas haber matado esta noche a un individuo?

Entornando los ojos para que la luz no me los hiriese, traté de mirar a los cuatro y adopté un aire conciliador.

—Ustedes me la quieren, jugar, Banner, y eso no está bien. Conozco mis derechos y en estos instante me están interrogando fuera de la ley. Tengo perfecto derecho a coger ese teléfono y llamar a mi abogado para que con un «*Habeas corpus*» me saque de esta cochina guarida en menos de una hora. Puedo hacerlo y lo haré, si no se portan como buenos chicos. Pese a su antipatía hacia mí, Banner, quiero ayudarle... Ayudarle todo lo posible. ¿Por qué no manda al diablo a sus esbirros y charlamos aquí ante un buen *whisky*? Los resultados le sorprenderían.

—Te voy a responder en el mismo tono. Has hablado de un «Habeas». Bien, eso da resultado si yo no te empapelo como es debido.

—¿Acusado de qué?

—De asesinato en la persona de Doris Anderson.

Daba palos de ciego en busca de algo. En la forma de decirlo me di cuenta de que trataba sólo de amedrentarme, haciéndome hablar cuánto supuse impulsado por el temor, pero que no poseía el menor indicio pese a sus pomposas declaraciones a los chicos de la prensa.

—Le han contado una serie de chistes que creyó graciosos y no hacen reír ni al que los inventó. ¿Qué tengo que ver con Doris Anderson?

—¿Quieres decirme a qué se deben esos rasguños de tu mano? Son arañazos de gato.

—Frío, frío... —Le sonreí—. Son de gata: una pelirroja con la que se curan las úlceras de estómago.

—¡No seas imbécil, Tino! —Se enfadó.

—¿Cómo sabe que lo soy?

—¡Conozco muchos como tú!

—No me extraña: tanto mirarse en el espejo...

El del olor a ajos se abalanzó sobre mí, furioso ya de antes, y me zarandeó cogiéndome de las solapas.

—Saca tus manos de encima de mí... —Silabeé duramente.

—Quieto, Barbosa. Suéltale —ordenó Banner, intentando intimidarme con la mirada, como si fuese a envolverme en celofán para tirarme al cubo de los desperdicios.

—Insisto en que deberíamos charlar como amigos, capitán. Puedo contarle alguna cosa interesante, que a lo mejor le servía para algo.

—¡Lo contarás igual!

—¿Sí? —me burlé—. Bueno. Empiece ya, pero antes permítame que llame por teléfono.

Intenté levantarme, pero una manaza sobre mi hombro me obligó a desistir de ello.

—Deja el teléfono quieto, Tino. Se ha estropeado.

—¡Qué casualidad! —murmuré.

Banner se desplazó a su sitio, detrás del escritorio, y tomó unos papeles, sin duda algún informe, y me preguntó súbitamente:

—¿Qué relación tenías con Doris Anderson?

—Me llamo Tino Rey, soy detective privado, vivo en el 1730 de California Street, Los Ángeles. California.

—No seas idiota, Tino, y responde.

—¿Le repito mis señas personales?

—Puedo emplear el tercer grado... —me amenazó.

Me volví al taquígrafo y dije:

—¿Ha anotado eso?

—Se me ha roto la punta del lápiz —se excusó.

—¡Qué lástima!

—No perdamos tiempo Tino. ¿Qué tenías que ver con ella? En su carnet de notas encontramos tu nombre y dirección, debajo de la cual ponía. «Enviados cien dólares».

—Soy un detective privado, ¿no lo sabía ya capitán Banner?

—¡Respóndeme!

—Es un secreto profesional y no voy a violarlo. Pero no me opongo a la marcha de la ley y estoy dispuesto a colaborar con cuánto sé... siempre que se me haga un interrogatorio en regla. ¿Puedo utilizar el teléfono?

La única cosa buena de Banner era que sabía reconocer cuándo había perdido la partida. Hizo una seña a sus hombres para que saliesen y autorizó:

—Está bien, Tino. Haz esa llamada.

Me soltaron las esposas y después de frotarme las muñecas busqué en el listín un número. Llamé y una voz que me pareció conocida preguntó:

—¿Con quién?

—¿Es usted, señor Kellog?

—¿Con quién hablo?

—Soy Tino Rey. Me encuentro en el despacho del capitán Banner. ¿Quiere decirle al abogado que le estamos esperando para hacer una declaración? Naturalmente, que venga provisto de un «Habeas».

—¿Qué ha ocurrido? —Noté su voz levemente inquieta.

—Hasta ahora nada y mucho. Tendremos tiempo de hablar.

Colgué y señalé mis efectos personales situados en un montoncito encima del escritorio. Afortunadamente, antes de ir a la cabaña de Popy había dejado en mi despacho la carta de Doris.

—¿Puedo fumar?

—Me parece que sí —alargó mi paquetito y cogí un «Chester», tendiéndole otro al policía que murmuró:

—Gracias.

Estábamos solos y advertí un aire levemente preocupado en Banner. Comprendí que era una buena ocasión para congraciarme con él y le sonreí:

—Si no me tuviese tanto encono las cosas serían mucho más fáciles, capitán. Reconozco que una vez estuve algo duro con usted, pero es agua que no mueve molino.

Me miró raramente, pero no dijo nada. Estaba casi amaneciendo cuando llegó Gregory Brook, abogado de Kellog, portando el «Habeas» solicitado. Lo dejó encima de la mesa y comenzó mi declaración. Conté «casi» todo lo que sabía, callándome lo esencial para evitar que la policía se me adelantase en la investigación porque armaría una polvareda en la que no sería posible encontrar nada. Duró cerca de hora y media. Cuando puse los pies en la calle, desmadejado y con veinticuatro horas en blanco, la gente ya acudía a su trabajo. Tomé un taxi y cuando estuve dentro alguien dijo a mi lado:

—Rasca el techo con las pezuñas.

Un objeto duro se incrustó en mis riñones como si quisiese barrenármelos. Era una pistola casi tan grande como el tío que la empuñaba.

—¿Qué es esto? No sabía que estuviésemos en Carnaval.

—Gracioso, ¿eh? —Miró a su compinche por el rabillo del ojo y ordenó—: ¡Saca ese cacharro de aquí, Lou!

El taxi —quizá robado— gimió al ser mal embragado y se lanzó por Market Street hacia Chinatown.

—Bueno, muchachos, estoy muy contento de verles. ¿Qué favor quieren que les haga? —pregunté cortésmente, ignorando la pistola que perforaba mi cintura.

—Simplemente que te calles, Tino —masculló el valiente que me apuntaba.

—Bueno, hombre, si te pones así...

—¡Déjate de palabrería y termina de una vez, Owen! Pueden reconocer el taxi y... —pidió el que iba al volante.

—El chico tiene miedo y quiere volver a casa —me burlé.

El golpe del cañón en mis riñones no fue una gracia y juré acordarme cuando la tortilla dejase de torrarse por aquel lado.

—Venimos para aconsejarte, Tino —aseguró el que llevaba la voz cantante.

—Hace tiempo que dejé las andaderas.

—Te creo. Por eso te han dado tantos coscorrónes. Mira, Tino, venimos en son de paz. Enarbolando bandera blanca, aunque no lo creas.

—¡Te creo, hijo! —exclamé mirando su pistola.

—No hagas locuras. Tienes la sangre hirviendo y a lo mejor te da por jugárnosla. Bien. Cinco mil dólares y haces un viaje a Hawái. Es un lugar delicioso, lleno de faldellines de hierbas que ocultan tesoros, playas ensoñadoras, canciones románticas y lunas como panderos. Te damos pasaje para ida con regreso dentro de un mes, además de los cinco mil pavos. Mereces descansar después de tanto ajetreo.

—¡Qué bien me queréis, amigos! Siento deseos de abrazaros.

—Refrena tus impulsos cariñosos y responde.

—¿Qué debo decir?

—Que sí, naturalmente, si eres listo.

—Entonces, no.

—¿Qué dices? —se extrañó.

—No. ¿Es que no entiendes? «No», significa «no» en todos los idiomas, es una palabra y compuesta de dos letras: «n» y «o». ¿Has comprendido?

—¿Quieres decir que no vas a tomar esas vacaciones?

—La verdad es que no me apetecen, ¿sabes?

—Estás loco.

—No puedo ocultar la sangre española de mi padre. Los españoles son así; por eso descubrieron América.

—Cinco mil dólares son muchos... —empezó Owen.

—Más son cinco millones.

La atmósfera podría haberse cortado en aquel instante, tan solidificada había quedado. Owen respiró entrecortadamente y tragó saliva. Lou crispó las manos sobre el volante y yo sonreí.

—En mi vida, me he divertido tanto como desde ayer... ¡Y el jaleo no ha hecho más que empezar!

—Y terminará con la traca.

—También a la parte de español que tengo le gusta un horror todo lo que sean fuegos artificiales.

—Sin que te des cuenta te encontrarás con la barriga llena de plomo.

Bostecé ruidosamente y miré por la ventanilla al exterior:

—¿Quieres parar en este bar, Lou? —pedí.

El aludido consultó mudamente a través del retrovisor con su compinche y Owen asintió:

—Te llevaremos una corona, Tino.

Le palmeé la rodilla cordial:

—Procurad que sean rosas rojas: me encantan —el taxi chirrió al detenerse junto al bordillo y les invité—: ¿Queréis tomar algo?

Ninguno respondió y abrí la portezuela, bajando a la calzada. Una vez que estuve allí me incliné hacia el interior y llamé a Owen:

—Oye, querido...

El mastodonte se inclinó para oírme mejor y mi mano extendida voló hacia su garganta. El canto externo chocó fieramente contra su epiglotis y el pistolero lanzó un estertor agónico, desmadejándose su corpachón.

—No me gustan los malos modales...

Estaba agotado. Veinticuatro horas sin dormir, diecinueve sin comer, la paliza de los tipos de la «Lebec Company» el golpe y el tiroteo de los raptos de Popy y una noche luchando con un interrogatorio policíaco eran motivos más que suficientes para estar a punto de reventar.

Entré vacilante en el bar al que me habían llevado tan «amablemente» Lou y Owen y me senté en uno de los altos taburetes, pedí para hacer boca una ginebra con soda y hielo; para aperitivo deslicé en el estómago una segunda ginebra y cuando sentí el ardor de la tercera me dediqué a comer cuánto vi a mi alcance. Llevaba dinero fresco y no me importó el gasto. Para terminar, lo rocié todo con dos dobles de *whisky* y compré una botella de «Green Star», que envolví cuidadosamente. A la salida tomé un taxi y le di la dirección de Sausalito.

—Si me duermo, no crea que voy borracho —le dije al taxista.

Se rascó la nuca metiendo la mano por debajo de la gorra, echándosela sobre los ojos, y pisó el embrague rezongando algo que no entendí.

Me encontraba bastante mejor después de haber recuperado energías. Notaba el estómago complacido que ronroneaba suavemente, y el alcohol ingerido estimulaba mis pensamientos.

Había tenido una idea mientras estaba en las garras de Banner y ahora había llegado la ocasión de ponerla en práctica.

La monotonía del Golden Gate casi me durmió y cuando a la derecha comenzó Sausalito, el chofer inquirió:

—¿Se ha dormido?

—Busque el San Francisco Bay Boulevard y vuelva a preguntármelo cuando lo haya encontrado.

Cerré los ojos y me sentí casi feliz, mecido por el tibio calorcillo que subía desde el estómago, irradiando fuerzas a todo el cuerpo. El taxista volvió a rezongar y abrí los ojos.

Estábamos llegando a nuestro destino. Le ordené que parase, y después del dólar de propina se mostró más sociable. Cien metros más allá continuaba mí «Ford» esperando fielmente a su amo. Abrí la portezuela, deposité la botella en una de las bolsas laterales y volví a cerrar, susurrándole:

—Vuelvo enseguida, querido.

La cabaña de Popy estaba solitaria y la policía ni siquiera había puesto vigilancia. Entrar fue un juego de niños y cerré la puerta a mi espalda, bisbiseando como lo había oído hacer a Doris para llamar a los gatos.

Un débil maullido me respondió de debajo de una silla.

—Monín, ven aquí que papaíto quiere verte.

Me sentía ridículo, pero cinco millones andaban en juego y por ese dinero era capaz de hacerlo más todavía, vestido de Diógenes con el barril bajo los sobacos si fuera preciso.

El gatito vino hacia mi haciendo monerías y andando sobre la punta de sus uñas dispuesto a saltar al menor asomo de peligro.

Volví a llamarle y tendí mi mano rascándome el pulgar con el índice como si le pidiese dinero. El bicho me miró preguntándome si yo sería idiota y olisqueó. Noté que ponía cara de asco al no encontrar nada comestible e iba a volverse despectivo cuando le eché la garra.

Es difícil coger un gato cuando no está de bromas, y mucho más si tiene la hiel podrida por el hambre y la desconfianza. Lanzó un berrido y sus uñas encontraron deliciosa la carne de mis manos,

sacándome virutas de piel. Lancé una maldición contra sus padres, pero aun así el bicho no se estuvo quieto, bufando y maullando como un condenado. Al fin pude sujetarle por la piel del cuello y entonces ya no tuvo nada que hacer.

Lo examiné con detenimiento. A decir verdad, estaba esquelético y nada nuevo me dijo que no supiera. Los gatos significaban algo en todo aquel lío, pero no sabía qué. Una mujer había perdido un gato y me contrató generosamente para que lo encontrase. A los pocos minutos moría y con ella el gato que le quedaba. Popy sabía algo de los gatos... y había sido raptado en mis narices, pero el bicho que tenía en mis manos no poseía nada significativo que lo diferenciase de los demás, salvo el mal genio que gastaba. Lo arrojé a un lado, procurando que chocase contra la esquina de alguna silla, y lo conseguí a juzgar por el maullido lastimero que lanzó. A continuación me dispuse a lavarme las heridas de las manos.

Me las había puesto como un mapa. En un barreño del fondo me las lavé y desinfecté con un pestilente ron que el marinero tenía en una alacena, y una vez curado tan someramente me dediqué a la búsqueda de más gatos. Popy afirmó que tenía tres, y yo estaba seguro de que «Pitusa» también andaría por allí, llevando un secreto de cinco millones. Eran puras suposiciones por las que estaba dispuesto a jugar doble contra sencillo.

No encontré más gatos. Estaba a punto de salir, cuando una sombra blanquinosa penetró en la cabaña por una gatera situada detrás de la puerta; miré y algo llamó mi atención, desviándola del minino que acababa de entrar. Lo recogí y empecé a extenderlo en mi mano. Eran dos fundas de chicle de propaganda. En colores vivos estaba la siguiente inscripción: Sequoia Motel, Glacier Point, Yosemite Área.

Popy, un viejo marinero, no pertenecía a la clase de tipos mascadores de chicle. Por lo que había podido apreciar en mi corta visita anterior no cambiaría su apestosa pipa, que no separaba de sus labios, por todos los chicles del mundo. Eso me llevaba a una conclusión, perdiendo todo interés por los gatos. Había un buen número de probabilidades a favor de que perteneciesen a los tipos que la noche anterior se llevaron al viejo rociándome después de balas. Y la deducción correspondiente era juego de niños: habían estado en Glacier Point y hasta era posible que fuesen conocidos por

allí.

No me importaron los arañazos, si aquello constituía una buena pista. Salí y un minuto después mí «Ford» corría alegre rumbo al centro de San Francisco.

El capitán Banner se sorprendió al verme entrar en su despacho, aunque procuró disimularlo. Simplemente se fijó en mis manos cuajadas de arañazos.

—La pelirroja no debe estar muy convencida de que seas su tipo, querido —me dijo socarrón.

Desde luego no había afecto en su voz ni amistad en la dureza de sus ojos grises, pese a que me hacía dejado en libertad con relativa sencillez. Sin duda la influencia del señor Kellog y los artilugios legales del picapleitos Brook habían hecho milagros en mi caso. Pero que estuviese libre, no quería decir que se hubiese olvidado de mí.

—¿Cuándo tienes que renovar tu licencia, Tino? —me preguntó, sin invitarme a tomar asiento.

—El próximo trimestre...

—Procura solicitarla fuera de San Francisco... si quieres seguir trabajando.

—¿Va a ponerme el veto?

No se dignó contestar y quedé convencido de que así lo haría. Me encogí de hombros y me resigné: después de todo, no puede decirse que San Francisco sea el paraíso.

—¿A qué debo tu visita?

—Quisiera hacerle una pregunta y pedirle un favor.

—Venga la primera; lo otro irá más despacio.

—Me pone demasiadas dificultades, jefe —suspiré—. ¿Cómo se llamaba el tipo al que dejé fuera de la circulación ayer noche, antes de que llegasen sus esbirros?

—Modera tus expresiones o no te salva ni el Colegio de Abogados en pleno.

—No tiene sentido del humor, jefe —me lamenté—. ¿Va a responderme?

—No sé de qué te va a servir, pero ahí va: su nombre era el de Benny Holman. ¿Qué favor quieres?

—Es muy importante y corresponderé adecuadamente: ¿Quiere dejarme ver los efectos personales de Benny?

Me miró extrañamente, intentando adivinar cuál era mi juego, pero siempre he sido «pokerface» y se llevó un chasco. Pulsó un timbre y al que entró le transmitió la orden. Medio minuto después el mismo tipo dejaba sobre la mesa del capitán un amplio sobre color canela.

—¿Qué buscas, Tino?

—Mentiría si le dijese una cosa u otra: ando despistado y quizá al ver lo que Benny Holman tenía en los bolsillos se me ocurra alguna idea.

Sin dejar de observarme, Banner volcó el contenido del sobre en su escritorio, escrutando atentamente mi expresión. Fingí no observar la vigilancia y me fijé en lo que había aparecido ante mis ojos: un pañuelo no muy limpio, un manojo de llaves, calderilla, un lápiz rechupado, una navaja de resortes, un revólver «Smith», un puñado de balas, un fajo de billetes menudos, un billetero por el que asomaban fotos, papeles y más dinero... y lo que esperaba: una barrita intacta de chicle. En envoltorio, a pesar de que estaba al revés, leí: Sequoia Motel, Glaciar Point, Yosemite Área.

Plegué mis labios en mueca perpleja y miré francamente a los ojos del policía.

—Lo siento, no llegó nada a mi cerebro. Continua tan vacío como antes. ¿Está seguro de que esto pertenecía a Benny Holman?

—Seguro.

—¿No falta nada?

Sus mejillas se colorearon levemente de púrpura.

—Oye, Tino, ¿crees que somos aprendices?

—No sé...

—Bien. ¿Has terminado? —Lo metió todo dentro del sobre de un zarpazo y sin esperar mi respuesta dijo—: Antes hablaste de que estabas a la recíproca. Quiero pedirte un favor.

—Diga, jefe, concedido de antemano —y le envié la mejor de mis sonrisas.

—Es éste: ¿Quieres marcharte de aquí por cien mil pares de coyotes?

Así estaban las cosas. Yo tiraba de la madeja como cuando de niño jugaba con los ovillos de la abuelita. Esperaba que de un momento a otro llegase el final, aunque no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir. Por el momento me limitaba a seguir el hilo, dejando

que el tiempo, las circunstancias o las torpezas ajenas me iluminasen el camino. Después ya actuaría como creyese más oportuno.

Pero antes debía dormir. Un cuerpo humano no es una máquina y cerca de treinta horas son demasiadas para andar de un lado a otro como un pachón persiguiendo el hueso.

Cuando me encontré en el 1730 de California Street lancé un suspiro de alivio al comprobar que había un hueco en el lugar de aparcamiento. Estacioné allí mi simpático «Ford» y saqué las llaves del encendido. Luego cogí la botella del «Green Star» y cerré la portezuela también con llave.

Tommy me gruñó:

—Jackie preguntó por usted. ¿Viene de alguna juerga?

—Desde luego.

—No me extraña nada con la pinta que trae. ¡Ah! Creo que el administrador ha enviado al encargado una carta inquiriendo si le continúa interesando a usted el despacho que tiene. En cuyo caso...

—Y se rascó el pulgar contra el índice, pero no para llamar a ningún gato.

Habíamos llegado a mi piso. Metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y comencé a abanicarme con los nueve billetes de cien, nuevecitos y apetitosos, que me quedaban sin cambiar. Tommy abrió los ojos de a palmo y profirió:

—Jugó a las carreras.

La puerta se cerró con seco chasquido y la caja bajó rápida mientras yo avanzaba por el pasillo recto a la placa de «Mason, Mason & Mason».

—Fresca como una rosa como siempre —saludé a Jackie, que dejó de mirarse en el espejito de su bolso.

—¿Descansaste bien, Tino? —preguntó poniéndose de perfil. Su «niky» esmeralda era muy sugestivo.

—Estupendamente. La comisaría es el sitio ideal para dormir.

Me miró y se percató de mi estado: ojeroso, sucio, barbudo, con la camisa arrugada y la corbata ladeada.

—¿Tuviste un tropiezo?

—Varios.

—¡Oh, Tino...! —se condolió y llegó hasta mí para poner una delicada mano en mi hombro.

Mi brazo que no sostenía la botella de *whisky* la enlazó del talle y a ella no le pareció mal. Muy cerca, le dije:

—Si no te doy asco, bésame.

Lo hizo con delicadeza y me sentí mejor.

—¿Quieres venir a mi oficina? Mientras me preparas un café, charlaremos.

—Mason no está...

—Cierra y deja una nota en la puerta. No se enfadará.

Mi despacho tenía cierta personalidad. Fuera de la fría y convencional antesala había dos piezas. El despacho propiamente dicho y un cuartito pequeño en el que había colocado un hornillo eléctrico, una alacena y una pila de agua, así como unos vasos, cucharillas y demás vajilla para casos de emergencia. Generalmente hacia la vida allí, comiendo en cualquier «drug» y durmiendo donde me apetecía, aunque no paraba una semana en el mismo sitio.

Jackie conocía todo aquello mejor que yo mismo y la oí trastear en la preparación del café mientras yo me tumbé en un sofá de mi despacho. Al cabo de unos minutos llegó hasta mi olfato el aroma de café y al instante los altos tacones de la muchacha se aproximaron con dos vasos en la mano.

—Les puse azúcar; sólo tienes que darle vueltas.

Lo hice y entretanto la miré apreciativo. Era condenadamente bonita y tenía, en medio de su esplendor pujante, un algo que la hacía ingenua. No sé si me expreso bien.

—Eres magnífica, Jackie —afirmé—. ¿Por qué no dejas a Mason y trabajas para mí? Creo que mi suerte ha dado el cambiazó —y deposité sobre la mesa los nueve billetes.

—Llevas una vida demasiado desahogada —dijo sin mirarlos siquiera—. Nunca tienes trabajo y el motivo es que no llevas un orden en tu vida. Cuando lo hayas conseguido, repítame la oferta y la tomaré en consideración.

Bebí un sorbo del negro líquido y cerré los ojos.

—No sé por qué tengo ganas de charlar contigo, Jackie —le dije—. He de confiar en alguien y tú eres bastante sensata y lo serías más si dejases a ese botarate de Mason, cuya pretenciosa placa de la puerta me marea.

Rió con ganas.

—Dice que él vale por tres y a ello se debe que haya repetido

tres veces su nombre en la puerta. No hay duda de que se gana bien la vida.

Había terminado el café y encendí un cigarrillo. Lancé una bocanada de humo y recosté la cabeza en el brazo del sofá.

Luego se lo conté todo. Desde la carta que Doris Anderson me había escrito hasta la tira de chicle con el anuncio del Sequoia Motel que Benny Holman tenía en sus bolsillos. Jackie me escuchó atenta y con apasionamiento. Cuando terminé, preguntó:

—¿Qué piensas de todo eso?

—No lo sé con exactitud, pero vamos a razonar. Doris Anderson me escribió para encargarme que buscara su gata «Pitusa», dándome cien dólares por adelantado. Eso quería decir que para ella valía bastante más que ese dinero... y resulta caro para un gato. Supuso que Popy estaría en el asunto y me dirigí a la cabaña de este viejo marinero que no debía estar tan chiflado como parecía. Eran exactamente las doce de la mañana. Cuando regresé, a las doce y veinte, se me introdujo una piedrecilla en el zapato y caminé hasta la residencia de Doris por el césped descubriendo unas pisadas recientes a las que no di la menor importancia. Entré en la casa. La puerta permanecía abierta y Doris estaba estrangulada con una media, todo dentro del mayor orden a excepción de «Satán» muerto de un balazo. Doris había tirado en la breve lucha el despertador rompiéndose el cristal y deteniéndose éste a las doce y diez, que era la hora del crimen.

—¿Nadie te vio entrar o salir?

—No. Me largué de allí como alma en pena y fui a comer a la cafetería de Pixley. Estaba terminando cuando llegó Kellog con la pretensión de que volviese a la casa de Doris. Se había dejado unos guantes con sus iniciales y había visto el sobre que le había dado yo a Doris para guardar las perlas de su collar. Regresé y... alguien había estado después de Kellog si es que decía verdad. Todo andaba revuelto y destripado, en una confusión espantosa.

—¿Quién podía haberlo hecho?

—No lo sé, pero analicemos la situación. A partir de las doce en punto, estuvimos allí las siguientes personas en este orden: yo, el asesino, yo, Kellog, el asesino o cómplices y yo. Cada visita mía constituía una sorpresa nueva, encontrando siempre algún cambio en la ambientación.

—¿Kellog y el asesino no pueden ser la misma persona? En cuyo caso, esas idas y venidas de tanta gente quedarían reducidas casi a la mitad.

—No he dejado de examinar la posibilidad. Kellog es un sospechoso ideal. Es hombre ambicioso e inteligente, tenaz y duro. Desde simple empleado se convirtió en socio de Davidson y cogió en su mano las riendas de los negocios. Cuando «Loco» Hansen robó esos cinco millones recibió un duro golpe. Pero cuando murió toda la banda sin aparecer el dinero, pudo tener la idea de buscarlo él y apropiárselo. Cinco millones de pavos son muchos para que uno se ande con remilgos de conciencia. Se enteró de que Doris era la esposa de «Loco» y sospechó que había recibido alguna comunicación, quizá por conducto de «Baby» Arnold. La conoció, fingió prendarse de ella, le compró aquella villa y quizá consiguió averiguar lo que le interesaba: el paradero del dinero que Doris no había recogido esperando que el tiempo enterrase las cosas en el olvido. Nadie mejor que él tuvo oportunidad y motivos para matarla. Al tiempo que se desentendía de una amistad peligrosa, obtenía el fabuloso beneficio de cinco millones. ¿Quién iba a sospechar del propio perjudicado? Aunque examinando la situación con imparcialidad hay que darse cuenta de que sólo se había perjudicado en dos millones y medio porque el resto pertenecía a su querido socio Davidson.

—Suenan un poco duros, Tino —dijo ella cavilosa—, pero es posible.

—Bien —aplasté el cigarrillo contra el suelo y continué—: Si descarto esa posibilidad y pienso que el hecho de contratarme para encontrar el dinero responde a su sincero deseo de encontrar la verdad y no es una especie de pantalla para cubrir las apariencias, tengo que enfocar las cosas en otro sentido. Yo salgo de la casa y diez minutos después Doris es asesinada, sin que nada cambie al parecer más que la muerte de «Satán». Cuando el cadáver apenas ha tenido tiempo de enfriarse llego y encuentro el pastel, escapándome a toda prisa. Más tarde, antes de la una y media, Kellog va a visitar a Doris y la encuentra fiambre. De la impresión se olvida los guantes y ve el sobre con las perlas deduciendo que yo he estado allí, y que tengo algo que ver con Doris. Cuando se da cuenta de que ha olvidado sus guantes viene a contratarme para que los recoja

y después investigue la cuestión de los cinco millones y su paradero. Obedezco y me presento en el lugar del crimen, pero todo ha cambiado otra vez. Los muebles están violentados, los cuadros rasgados, almohadas, colchones, cojines destripados, armarios revueltos... ¿Qué significa eso?

—Alguien anduvo buscando algo.

—Exacto. Pero ¿quién?

—El asesino.

—¿Y por qué volvió para registrar y no lo hizo cuando la mató?

—Pensaría hacerlo, pero tu llegada diez minutos después le asustaría y...

—Podría ser posible, pero no le creo un pacato —y me palpé con amor el bulto que los raptos me habían hecho crecer la noche anterior en la cabaña de Popy.

—¿Entonces?

—Si supiera eso, estaría mucho más cerca del final. Eso y la muerte de «Satán». ¿Por qué tenía que asesinarlo también? No es lógico.

—Todo crimen tiene una lógica cuando se conoce. Tú mismo me lo has repetido infinidad de veces —me recordó.

—Tienes razón, pero ahora... —reflexioné y encendí un nuevo cigarrillo—. Luego está lo de Popy. ¿Por qué tenían que raptarlo? Se lo llevaron ante mis narices y las de la policía... y no han sido encontrados.

—Tendría alguna relación...

—Desde luego. Pero una sola: los gatos. ¡Otra vez los dichosos mininos! Cuando salga de ésta los odiaré toda mi vida. ¿Qué pinta en este crimen una gata de angora llamada «Pitusa»?

Jackie no se molestó en contestarme porque andaba pensativa en algo que no lograba captar. Dije al fin, tras prolongado silencio.

—Estoy muy cansado y los ojos se me cierran de sueño. Tengo que dormir unas horas si quiero estar despejado para la continuación de esta farsa.

—¿Aquí vas a dormir? —inquirió ella.

—Sí; un poco duro, pero...

—¡Cuánto necesitas que te cuiden, Tino! —exclamó tratando de arrojarme con mi chaqueta.

—Tienes razón, querida —asentí semidormido.

Noté que se inclinaba sobre mí y depositaba un suave beso en mis labios. Me sentí tan feliz, tan satisfecho y tan alejado de la suciedad que me rodeaba con aquel crimen, que no tuve fuerzas ni para abrir los ojos y estrecharla fuertemente contra mi pecho como hubiese obrado en otra ocasión. En lugar de eso, murmuré:

—Gracias, Jackie. Eres maravillosa...

Antes de caer en brazos de una hada buena, oí que ella me preguntaba:

—¿Qué piensas hacer cuando despiertes?

—Creo que iré al Yosemite...

Estaba dormido.

CAPÍTULO VII

El paracaídas no quería abrirse y la tierra subía veloz a mi encuentro, mientras el aire silbaba en mis oídos por el rápido descenso. Volví a tirar de la anilla cerrando los ojos para no ver volar el suelo, al tiempo que un frío sudor recorría mi columna vertebral. Los árboles se distinguían perfectamente. Me encontraba extrañamente lúcido y calculaba la distancia que me separaba de la tierra, Cien metros, cincuenta, veinticinco, diez...

Me desperté de súbito, jadeando por la angustia. No era la primera vez que me había asaltado aquella pesadilla desde que serví en las Fuerzas Aéreas en Corea, y siempre acababa igual.

Tenía la espalda bañada en sudor, y cartón en la boca. En la obscuridad miré la hora del reloj: las diez. Tenían que ser de la noche. Pegué un salto y busqué a tientas los zapatos. Una luz roja penetró por la ventana para cesar al instante, sin mirar, sabía que pertenecía a un anuncio que había visto parpadear cientos de veces: «Pixley, Las mejores comidas, las mejores bebidas».

Fui a tientas hasta el escritorio y pulsé la luz de mesa. Bostecé y llegué hasta el pequeño lavabo. Allí me saqué la camisa y la camiseta y me rocié abundante agua, notando que el agua fría me hacía bien. Después de peinarme me sentí nuevo y descorché la botella de «Green Star» para celebrarlo.

De vuelta en mi despacho vi una nota que Jackie había dejado sobre la mesa mientras dormía.

«Tino:

»Dormías tan profundamente que no he querido molestarte. Ha estado preguntando por ti Louis Buck, doncella de Doris Anderson, pero sólo quería hablar personalmente contigo. Ha dejado su dirección: 527 Los Palos Street, Edificio Wissler. No ha habido forma de que me

lo dijese a mí. Lo siento. Me gustaría recibir una llamada telefónica cuando te despiertes.

»Cuídate.

»Jackie».

Cogí el auricular y marqué su número.

—¿Jackie? He leído tu nota. ¿Por qué me has dejado dormir tanto?

—Lo necesitabas. ¿Te encuentras mejor?

Su voz llegaba clara y sugestiva hasta mí.

—¿Qué haces?

—He salido del baño —me dijo.

Entorné los ojos y pude imaginármela envuelta en una amplia toalla y con la piel fresca y reluciente.

—Un beso, querida. Volveré pronto.

Me eché la nota al bolsillo y bajé a Pixley. Me recibió sonriente y jovial como siempre.

—Dame algo para reponerme —le dije, extendiendo un billete de cien sobre el pulido mostrador.

—¿Van las cosas bien? —se alegró.

—Así parece. Haz la cuenta y mira a ver si asciende a más de esto.

Tomé una cena fría a base de emparedados y Coca-Cola,

Cuando Pixley regresó, todavía traía algún dinero de vuelta.

—Es la propina —lo rechacé.

Pero no consintió:

—No hagas caso, Tino. A ti te hace más falta. No siempre vas desahogado. En cambio yo...

Y abarcó con amplio gesto la numerosa clientela.

Mí «Ford» necesitaba un buen baño, pero no podía perder tiempo en dárselo. Atravesé la bahía de San Francisco por el Bay Bridge y en Oakland me detuve en un poste de gasolina. Di orden de que llenasen los depósitos de aceite y gasolina, y media hora después corría hacia el Yosemite.

Tenía unas horas para pensar en todo lo ocurrido. La conversación con Jackie había aclarado alguna idea, pero continuaba sumido en tinieblas. Me notaba cerca del final, sintiendo

la misma impresión que cuando en la butaca del cine empieza uno a revolverse olfateando el letrero de fin. No podía durar mucho y a pesar de que las cosas parecían sumamente enredadas notaba impalpablemente que era una ilusión óptica de la que todavía no había podido sustraerme.

El motor ronroneaba suave, y extraje mi pistola de la sobaquera. Estaba cargada y a punto de escupir plomo. Me sentí más tranquilo cuando lo comprobé y continué pisando a fondo el acelerador, viendo avanzar la aguja del cuentamillas por encima del cien.

¿Qué encontraría en el Yosemite?

La noche fue avanzando y cuando los primeros reflejos del amanecer tiñeron el horizonte me encontré ante la enorme extensión del Yosemite Área. Crucé el límite por El Portal a fin de llegar más directamente a Glaciar Point, lugar de mi destino. Un enorme letrero me saludó: «Viajero: te deseamos una feliz estancia en el Yosemite». Tuve que detenerme detrás de una larga fila de coches que esperaban la formularia revisión para tener acceso, y me acordé súbitamente de una de las leyes vigentes en aquel lugar. Todavía era tiempo. Solté la hebilla de la sobaquera y me la quité guardándola con el revólver debajo del asiento. Un guarda venía hacia mí.

—Buenos días, señor. ¿De muy lejos?

—San Francisco.

—Saldría por la noche.

—Eso es. ¿Qué tal está ahora esto?

—En plena temporada, señor —anotó la matrícula y mi nombre que figuraba en la placa del salpicadero—. ¿Mucho tiempo, señor?

—Depende...

—Comprendo. No llevará armas, ¿verdad? Están prohibidas. Si las lleva entréguemelas y le serán devueltas a la salida.

Puse cara inocente.

—¿Armas? Jamás se me ocurriría traer...

—Que tenga unas felices vacaciones, señor —y se tocó el borde de la gorra dejándome vía libre.

Casi tardé una hora en llegar a Glacier Point. La majestuosa belleza del Yosemite era un espectáculo que atraía y subyugaba aunque las más diversas preocupaciones flotasen en el cerebro. El paisaje se hizo más impresionante a medida que me acercaba a

Glacier Point, que es la más popular panorámica que puede esperarse dentro del recinto y, sin duda, el lugar de mayor belleza. Todo el Valle del Yosemite apareció a mis ojos en la última revuelta y hasta el corazón se me paralizó ante semejante belleza. Se notaba una atmósfera especial, de insuperable calma y apasionante vitalidad en una Naturaleza que había volcado allí sus más impresionantes y variados recursos.

No tardé en encontrar el «Sequoia Motel» y después de encerrar mí «Ford» en uno de los garajes individuales, me dirigí al bar.

—¿Tuvo un buen viaje, señor? —me saludó el encargado de recepción en cuanto me vio.

—Excelente.

—Sea bienvenido a Glacier Point y al «Sequoia Motel». Esperamos que quedará satisfecho de nuestro servicio.

—Yo también.

Fui a la barra y me senté en un alto taburete. Pedí un café doble y giré mi vista a mi alrededor en un detenido examen. No había mucha gente a aquella hora de la mañana. No obstante, algunas mesas estaban ocupadas, la mayoría por turistas extranjeros, a los que había que cuidar para que dejaran allí los dólares.

El «barman» puso ante mí el doble de café y antes de que se retirarse le pregunté:

—¿Mucho turista?

—Bastantes, señor.

—Se van contentos de aquí.

—Eso intentamos. Va en bien de todos.

—Lo digo porque a mí me lo recomendó un amigo que estuvo aquí no hace mucho. Quizá lo conociese usted.

—No digo que no, señor. ¿Cómo se llamaba?

—Benny Holman.

Frunció las cejas para recordar y luego me miró con despego.

—¿Benny Holman? —repitió—. Preferiría no haberlo conocido. Y si usted es amigo suyo, sería preferible que no lo vaya diciendo por ahí.

Recogí velas a tiempo.

—Bueno. No creo que nos refiramos al mismo Benny Holman. Mi amigo es pequeñito y rubio, con nariz de pájaro.

Sonrió más complacido.

—Creo recordarle, y desde luego no se trata del que yo creía. Lo celebro por usted, señor.

—¿Qué ocurría con él? —pregunté sin mucho interés, tendiendo un cigarrillo al «barman» que aceptó.

—Era lo que se llama un matón; uno de esos tipos que se ganan la vida con sus puños y una pistola. No me extrañaría que la policía lo tuviese fichado.

—¿Hizo algo malo?

—Sus modales eran groseros y en una ocasión pegó a un camarero porque no le sirvió inmediatamente. Deplorable, señor.

—¿Hace mucho que estuvo?

—Una semana más o menos.

—¿Y estaba solo?

—¡Oh, no, desde luego! Esos tipos nunca van solos. Tenía dos amigos de los que nunca se separaba. Estuve a punto de llamar al capitán de los guardas, pero no quise meterme en líos... —Se detuvo unos instantes, y luego exclamó mirando al exterior—: ¡Oh, otra vez está ahí! Ese coche que acaba de pasar es el de ellos, estoy seguro.

—¿Cómo lo sabe?

—Es un «Chevrolet» negro y tiene un escorchón rosa en un guardabarros posterior.

Dejé un dólar y salí disparado ante la mirada asombrada del «barman», que no comprendía nada de aquello.

El «Chevrolet» rodaba a media marcha en dirección a Badger Pass y pude distinguirlo perfectamente. Corrí a mi garaje y cuando quise lanzarme en persecución de los pistoleros habían desaparecido de la vista. No obstante, pisé a fondo el acelerador dándole gas al motor y éste se lanzó hacia adelante como si fuese a ganar en Indianápolis. Las ruedas gimieron, pero el viraje fue perfecto. Llegué a Chiquapin, pero no encontré el menor rastro de mis perseguidos, por lo que regresé de nuevo a Glacier Point a tiempo para comer y con un sentimiento parecido al que debe sentir el podenco después de haberse dejado escapar la pieza.

Cuando descendí frente al «Sequoia Motel», observé un extraño barullo. Detuve a un camarero que pasaba veloz por allí y le pregunté qué ocurría.

—Han encontrado muerto a un hombre, señor.

En el bar continuaba el mismo «barman», ahora desocupado porque todos los clientes habían salido al exterior preguntándose a gritos, unos a otros, qué ocurría.

—Sirva dos *whiskies* —ordené.

—Uno después de otro, ¿verdad? —inquirió.

—He dicho dos: uno para usted y otro para mí. Me molesta beber solo. Es mal augurio.

Escancié una generosa ración de Calvert y metió dos cubitos de hielo en el vaso que tintinearón contra el cristal.

—¿Los encontró?

—No —dije—. ¿Qué ha ocurrido? Me han dicho que encontraron muerto a un hombre.

—Así es, señor. Un hombre y un gato dentro de un coche.

—¿Gato? ¿Ha dicho gato? —Me olvidé del exquisito *whisky*.

—Eso parece. Un gato de angora... ¿Pero qué le ocurre...?

Escuché la pregunta cuando estaba en la puerta. Salí y me precipité en el grupo de curiosos que rodeaban a un sargento de los guardas. Cuando estuve a su altura e iba a bombardearle a preguntas, las palabras se me helaron en la boca al contemplar la pétrea faz del capitán Banner que me taladraba con la frialdad de sus ojos grises.

—¿Qué ocurre, Tino, con tanta prisa?

—¡Capitán Banner! —susurré—. ¿Cómo está usted aquí...?

Sólo sonrieron sus labios al decir:

—No sabía que debía darte cuenta de mis pasos...

Me repuse dificultosamente y le tomé del brazo.

—¿Puedo hablar a solas con usted?

—Precisamente era lo que iba a preguntarte, Tino.

Nos apartamos de la gente para meternos en su coche que estaba aparcado al otro extremo del «Motel».

Una vez dentro le ofrecí un cigarrillo que aceptó. Estábamos solos y a cubierto de oídos curiosos, porque el sargento de los guardas se había quedado atrás para convencer a los turistas de que debían preocuparse de sus propios asuntos.

—Te escucho, Tino.

—¿Quién es el muerto, capitán?

—Un hombre al que debes conocer. Se llamaba Popy y vivía en...

—Lo sé... —Respiré profundamente y cerré los ojos para concentrarme—. ¿Y junto a él estaba el cadáver de un gato?

—Sí.

—¿Un gato de angora negro?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—¿Dónde han sido encontrados?

—En la ruta 140, muy cerca de las cataratas del Yosemite. El coche, a juzgar por la placa, era robado. Bien —su tono se hizo más duro—, ¿qué ocurre en Glacier Point, Tino?

—No sé el alcance de esa pregunta...

—Lo sabes perfectamente. Algo te ha hecho venir aquí, ¿qué es?

—Lo mismo que a usted.

—No es cierto, puesto que yo he venido siguiéndote. Puse ayer un hombre tras tus pasos a última hora de la tarde. Su primer informe fue el de que estabas descansando en tu oficina. Luego, a las diez aproximadamente, cenaste en Pixley y de allí saliste para San Francisco. Cuando te proveíste de gasolina en Oakland me telefoneó diciéndome por qué carretera continuabas viaje. Tuve que llamar al jefe, éste a su vez al gobernador que me extendió una orden para actuar donde tuviese por conveniente siempre que el territorio perteneciese al estado de California... y aquí estoy. He llegado con retraso porque me entretuve por lo del gobernador y se ha cometido un crimen. ¿Qué me dices de él, Tino? Como ves, juego limpio contigo.

—Gracias, capitán. Pero no veo claro en esto.

—Cuéntame lo que sepas y las deducciones las haré yo. Déjame a mí el pensar, no me asustan las cavilaciones.

—No sé nada, capitán. Es la pura verdad. ¡Ojalá pudiere señalarte al culpable! Cuando lo sepa, prometo decírselo.

Golpeó el volante con el puño y exclamó:

—No estoy dispuesto a jugar al escondite, Tino. Va de veras esta vez. ¿Quieres decirme qué significan los gatos en todo esto?

—No lo sé.

—¡No admito esa respuesta!

—No lo sé, capitán. ¿Cómo quiere que se lo diga? ¡Estoy obsesionado por esa pregunta y no logro ver claro!

Pareció admitir mi respuesta.

—¿Por cuenta de quién trabajas?

—No sé si estoy autorizado a decírselo. Lo consultaré.

—Óyeme, Tino, ignoro si te das cuenta del lío en que estás metido. Si te solté, no fue porque me intimidase el picapleitos de Brook ni porque tuviese algún valor el «Habeas» que se me refrotó por las narices. Podía haberlo hecho saltar en el aire como una bola de papel. Pero preferí darte cuerda y ver hasta donde llegabas, ¿comprendes? Eso es mi juego y te lo descubro. Quiero que te des cuenta de que puedo encerrarte en cualquier momento y que no habrá abogado que te saque si llamo al fiscal.

Comprendí que tenía razón y había sido un loco al no considerar aquella posibilidad.

—Aunque no haya tenido deseos de beneficiarme, se lo agradezco porque indirectamente lo ha hecho.

—¿Qué busca Stuart Kellog contratándote?

—¿Lo sabe ya?

—Me he movido un poco y Gregory Brook trabaja para él. Te lo pregunté para ver si decías la verdad. ¿Qué es lo que busca, Tino? Eso tienes que saberlo.

En aquel momento me di cuenta de que Banner ignoraba todo lo retente a aquel caso.

—Me asombra que no lo sepa usted. Se lo voy a decir, pero devuélvame algún día el favor. Busca cinco millones de dólares.

Me miró boqueando, con la misma expresión que debe emplear un pez cuando está fuera del agua.

—¿Cinco... millones...?

—Eso dije, capitán. Pero le aconsejo que no intente quebrantar a Kellog con un interrogatorio. Lo negaría y yo también el habérselo dicho. Es mejor que trabajemos en común en lugar de andar a la greña. ¿No cree?

Pareció reflexionar durante unos instantes y vi que se iba convenciendo, aunque se quiso defender.

—¡No admito imposiciones de nadie!

—No me gusta ser prepotente en mis actos, Banner. No quiero extorsionarle, pero sí creo que debo llevar el asunto a mi modo. Usted me conoce, ¿cree que puedo jugar en contra de la Ley? Es una puesta demasiado arriesgada que no pienso hacer jamás. Ni por cinco millones, recuérdelo. Voy tras ese dinero escondido en algún lugar de California, y para encontrarlo he de saber antes quién mató

a Doris Anderson y a Popy así como a los dos gatos. Puede apostar doble contra sencillo a que lo conseguiré.

—Tu confianza te perderá, Tino.

—Seguro. Por eso me encantaría que fuera usted pisándome los talones. Me doy cuenta de que en el fondo es una buena persona, ¿verdad Joey? —le dije llamándole familiarmente mientras le palmeaba su antebrazo.

—No me gusta el papel de segundón en ningún caso.

—Lo comprendo. Pero usted es policía, representante de la Ley y no puede violentarla. Yo sí, al menos en pequeña escala; lo suficiente para conseguir lo que por otro sistema no lograría nunca. ¿Podemos considerarnos aliados?

De aquello dependía todo. Veía que estaba furioso y confuso. Dos sentimientos que hacen peligroso a un búfalo en plena carrera. Me había lanzado como un orador a convencerlo y si había tenido gracia para ganármelo lo sabría dentro de unos segundos.

Banner se mordisqueó los labios, giró los ojos en sus órbitas y asintió en un murmullo:

—De acuerdo, pero no me pongas en situación difícil.

—Gracias, capitán. Siempre esperé que fuésemos amigos —y le estreché la mano.

El «Sequoia Motel» estaba pensado y diseñado para la atracción de turistas. Eran muchos los establecimientos similares en Glacier Point y su propietario se las había ingeniado para ofrecer lo mejor a sus clientes, por lo que éstos eran muchos.

Uno de los mayores alicientes eran los números musicales que presentaba.

Conseguí que me diesen una mesa cerca de la pista desde donde no me perdería nada del espectáculo. El comedor se iba llenando paulatinamente y encargué una cena fría, rociada con champaña. Me encontraba melancólico y preocupado, sin lograr atar los cabos sueltos que bailoteaban en mi cabeza en loca zarabanda.

Pero cuando vi a Fanny todo se disipó. Tenía una voz pastosa y de entonaciones cálidas, junto a un cuerpo escultural y maravilloso. Era rubia, ojos azules y labios casi infantiles que invitaban al beso. Parecía una niña y sus palabras poseían un tono musical exquisito; cantaba, recitaba, se movía como si lo hiciese para uno mismo. Daba esa sensación y casi me hice ampollas de tanto aplaudir.

Llamé a un camarero y le di el encargo de que un cliente deseaba conocer a Fanny de cerca. Ese cliente era yo.

No tardó en acercarse a mi mesa sonriente y amable, con una medida de movimientos que hacían pensar era algo más que una vocalista.

—Me siento honradísimo con su amabilidad, señorita Fanny —dije, ayudándole a sentarse.

—De lejos me pareció usted un caballero y creí que no había ningún motivo para negarme a su invitación.

—Gracias. ¿Champaña?

—Sí.

Bebió estallándole todavía las burbujas en la tersura de sus labios.

—Permaneceré en el «Sequoia Motel» mientras dure su contrato —dije—. A propósito, ¿solamente se llama Fanny?

—Es mi nombre artístico. ¿Para qué más?

—Es cierto. Un nombre de mujer vale por un recuerdo, y un recuerdo por una vida. ¿Bailamos?

Esperaba una negativa, pero quedé agradablemente sorprendido.

Bailaba bien; sintiendo la música y dejándose llevar como una pluma. Su cuerpo era esbelto y grácil, de cintura cálida y manos suavísimas. Estuvimos charlando de infinitas cosas. Apenas habló de sí misma y reía con frecuencia, pese a lo cual la notaba distante, alejada de aquella conversación. Bien pronto me di cuenta de que no era una mujer de la que se podía esperar un flirteo... y aquello me gustó. Hay mujeres que se desvalorizan por su accesibilidad y otras cuyo encanto reside, principalmente, en su serena ingenuidad.

—¿Se ha enterado de la gran noticia de esta mañana?

—Sí; un hombre asesinado junto a un gato en las mismas condiciones. En mi vida he visto cosa más rara.

—Y era un gato maravilloso —prosiguió—. De Angora, mi raza predilecta.

—¿Le gustan los gatos?

—Sí, ¿a usted no?

—Estoy pensando que no. ¿También les pone lacitos color rosa? —Reí.

—¿Lacitos? —Movié la cabeza de un lado a otro—. No; me gustan más los collares. En casa tengo cuatro gatos y a todos les he

puesto unos collares preciosos de cuero. Hice yo misma el diseño y lo envié a una guarnicionería. Si los viese... ¡Eh! Pero ¿a dónde va?

Me había levantado presa de la mayor excitación.

—Señorita Fanny, por favor, le ruego me disculpe. Tengo... Debo marcharme... Le suplico dispense mi descortesía, pero...

Se había levantado también y preguntó mientras el camarero me entregaba la cuenta:

—¿Se encuentra indispuerto?

—¿Eh?... Sí, sí... Eso es... Por favor, le ruego...

—No se preocupe; encantada de haberle conocido. Deseo que se alivie pronto...

Salí como un meteoro y pregunté al encargado de recepción que estaba en el *hall*:

—¿Ha visto al capitán Banner, de San Francisco?

—¿Capitán Banner? No lo sé, señor... Pero podemos preguntárselo al guarda que hace su ronda aquí fuera...

La respuesta fue bien clara:

—El capitán Banner salió para San Francisco, señor. Hará una medio hora.

—Gracias.

Corrí al garaje y saqué mi «Ford». Comprobé que todavía tenía gasolina suficiente para llegar a Merced, donde llenaría el depósito. Esperaba encontrar al policía antes de llegar a esa ciudad. Lo necesitaba verdaderamente para comprobar un importantísimo punto que arrojaría intensa luz sobre el caso, pero no lo encontré. Merced, con sus quince mil habitantes es la principal puerta que conduce al Yosemite Área y por tanto posee abundantes servicios para los viajeros. Cargué el tanque de gasolina y volví a pisar a fondo el acelerador sin esperanzas ya de encontrar a Banner antes de negar a San Francisco.

Cruzando el Bay Bridge noté el sol a mi espalda y los ojos cargados de sueño. Estaba visto que en aquel caso no podría dormir como las personas hasta que lo solucionase de una vez.

Me dirigí a Comisaría y al aparcar junto al bordillo vi delante de mí el polvoriento vehículo que había utilizado Banner. Lanzando un suspiro me dirigí a su despacho y entré sin pedir permiso. No estaba tras su escritorio, pero del lavabo me llegó su voz.

—Estoy aquí, ¿quién es?

—Tino, capitán.

Escuché un berrido y al instante Banner en persona apareció tratando de secarse el desnudo torso empapado en agua.

—¿Qué diablos ha pasado para que te encuentres aquí? —me espetó.

—Quería hacerle una pregunta.

—¿Cuál?

Tiró la toalla a un lado y avanzó hasta ponerse a un metro de donde yo estaba, escrutándome con sus ojillos inquietos.

—Una pregunta que nos lo va a dar casi todo servido en bandeja.

—¿Casi todo? ¡Suéltala!

Cuando uno está a punto de dar el golpe, siente tentaciones de causar mayor expectación hasta hacer saltar los nervios de quien le escucha. Por eso, encendí un cigarrillo y lancé un par de bocanadas antes de preguntar:

—¿Recuerda si «Loco» Hansen tenía pasión por los gatos?

Frunció las cejas y...

—¿Qué demonios...? —empezó, para rectificar—: Espera —fue hasta un pulsador y pegó a él su dedo hasta que la puerta se abrió precipitadamente por uno de los agentes de turno, al que ordenó—. ¡El dossier de «Loco» Hansen! ¡Lo necesito para ayer!

Unos minutos después estaba hojeando precipitadamente la gruesa carpeta que contenía todo lo relacionado con el caso más apasionante de los últimos años. Profirió una exclamación y gritó:

—¡Por Dios vivo! ¡También le gustaban los gatos!

—Tendrá noticias mías —y salí, no sin antes tener tiempo de escuchar el grito de Banner.

—¡Tino, vuelve aquí! ¿Qué es lo que pretendes?

La maldición sonó rotunda a través del hilo telefónico y campanilleó en mi oído durante unos segundos. Cuando se acabó el eco, intenté meter baza.

—Oye, Mize —intenté calmarlo—, ten en cuenta que es muy...

—¡Maldito seas Tino Rey! ¡Vete al mismísimo diablo y que te reboce bien de mi parte!

Le dejé que me soltase diez o doce lindezas más, que en otra ocasión le hubiese reportado el beneficio de no ir al dentista para sacarse unas cuantas muelas careadas. Aparté el auricular de mi

oreja para que mis tímpanos no se reventasen por los chillidos que mi amigo Mize Edwards, del «San Francisco News», me dirigía y cuando noté que se había ahogado de tanto vociferar, empecé:

—Lamento haberte despertado a las cinco y media de la madrugada, Mize, pero es imprescindible.

—¡Pedazo de atún! ¿No sabes que hace un par de horas salí del periódico y que necesito dormir?

—Yo también, pero estoy en un lío gordo y te necesito. ¿Qué dices a eso?

Se calló, lo que era una muestra de su voluntad colaboradora, y me dejó explicarme:

—Me es imprescindible que bucees en la vida de «*Baby*» Arnold. Tendrás datos de él y podrás conseguir los que te falten. Se trata del miembro más joven de la banda de «Loco» Hansen, que murió hace tres años. Su cadáver apareció en la costa de San Francisco, ¿recuerdas?

Se había serenado súbitamente.

—Oye, Tino, ¿qué tratas de hacer? Lo de «Loco» Hansen es asunto tabú según la policía...

—Lo sé. Por eso te llamo a ti.

—¿Para cuándo necesitas esos informes?

—Para, fraseando a nuestro buen amigo Banner, diré que para ayer.

—¡No puedes obligarme a saltar de la cama! —protestó.

—Espero tus informes. Quiero que me sirvas en bandeja su vida privada y cuanto se relacione con él. ¿De acuerdo? Esperaré tu llamada en mi oficina.

Pixley ya estaba abierto cuando llegué y él en persona se ocupaba de dirigir los preparativos para el nuevo día.

—¿Cuándo duermes, Pixley?

—A ratos y de pie.

—¡Quien pudiera hacer lo mismo! —Añoré bostezando ruidosamente.

—Te veo pálido y demacrado. ¿En qué barro chapoteas, querido?

—No lo sé.

—Procura no mancharte.

—Harto haré si consigo mantenerme a flote. ¿Quieres repostar

mi estómago? Estoy vacío.

Al instante colocó ante mis ojos una fila de bandejas llenas de emparedados, dos dobles de café y una botella de soda.

—Si quieres algo más, pide.

Cuando terminé, subí a mi oficina y me tumbé en el sofá después de quitarme los zapatos y la chaqueta. Quince segundos después, roncaba beatíficamente.

Al cabo del tiempo sonó el teléfono y entró Jackie en mi oficina, simultáneamente. Descolgué el primero, todavía tartajeante mi lengua, y lancé una sonrisa difícil a la segunda:

—¿Sí?

Mize Edwards habló al otro lado de la línea.

—Tino, he conseguido lo que deseabas. No sé si te servirá.

—Desembucha con lentitud para que me entere bien.

Lo hizo como si dictase una crónica de sucesos a su secretaria, fin un momento del informe dije:

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente, Oye, Tino, si no confías en mí, ¿para qué diablos me has hecho salir de la cama?

—Está bien, no te enfades —le calmé—. Gracias, tus informes han sido perfectos. Ya sabes que estoy a la recíproca. Entre tanto, un día de estos recibirás una caja de latas de cerveza. Abur.

Colgué y miré mi reloj comprobando que era el mediodía. Mientras, Jackie se había acercado hasta quedar al alcance de mi mano.

—¡Hola, Jackie...! ¿Es así como me recibes?

—¿Qué esperabas, quizá que me echase en tus brazos?

—No sería mala idea.

Me incorporé metiendo los pies en los zapatos. Me pasé los dedos por el pelo y bostecé tratando de escamotear mi acción con los dedos, pero no debió darme resultado a juzgar por la mirada reprobatoria que ella me lanzó.

—Entré antes, pero estabas durmiendo. ¿Qué clase de vida es la tuya?

—La peor de todas.

—Ya lo veo.

Iba a decir algo más, pero entró Mason como una tromba con su sempiterna flor en la solapa.

—Jackie, sólo quiero preguntarte una cosa: ¿de quién eres la secretaria? Creo que es hora de que te ocupes de tus propios asuntos y dejes de mosconear alrededor de esta piltrafa de Tino —espetó antes de dar dos pasos dentro de mi recinto.

—Eres un poco duro, Mason. Jackie me aprecia y...

—¡Vete al diablo! —repuso—. Vamos, Jackie, termina esas cartas o lárgate de una vez.

Dio media vuelta y salió con el mismo furor con que había entrado.

—Hoy está de malas —comentó ella—. No sé qué le habrá ocurrido.

—No le hagas caso y da un beso a papaíto —dije.

Pero Mason estaba otra vez en la puerta.

—¡Jackie! —tronó.

—Está bien, ogro —cedió ella, pero antes de salir dijo súbitamente—: ¡La doncella de Doris Anderson continúa esperando hablar contigo! Dijo que era urgente.

Mason la tomó del brazo y la sacó de allí de modo que sus últimas palabras se perdieron en el pasillo.

No me acordaba ya de la dichosa doncella. Rebusqué en mis bolsillos y encontré la nota que Jackie me había dejado antes de emprender yo el viaje al Yosemite y en la que figuraba la dirección de la misma. Puse la cabeza debajo del grifo y me despejé. Ajusté mi corbata, centré el cuello de la camisa y me embutí la chaqueta procurando alisar las arrugas con la mano. Iba a salir cuando el teléfono sonó otra vez.

—¿Tino Rey?

Era Stuart Kellog.

—El mismo, señor Kellog.

—¡Por fin le encuentro! —dijo con reproche—. ¿Dónde se mete que no he podido dar con usted en dos días?

—De: un lado para otro. ¿Ha visto alguna vez cazar con perro rastreador? Yo soy de éstos. No paro un instante hasta que encuentro la pista. ¿Qué le ocurre?

—Deseo hablar con usted y que me cuente sus adelantos. Creo que tengo derecho, ¿no?

—Naturalmente; usted es el que paga. Por cierto, necesito dinero —era mentira, pero hay que aprovechar en los años de las vacas

gordas.

—Venga por casa y le daré lo que necesite.

—¿Cuándo?

—Si puede ahora...

—Tengo que hacer una gestión.

—Entonces véngase esta noche. Doy una fiesta con motivo del cumpleaños de mi esposa. Está invitado. Si puede, alquile por ahí un «*smoking*».

Encogí la nariz de disgusto, pero decidí:

—Está bien. Pero procure hacerme pasar desapercibido. Me molesta arquear el lomo ante damas empingorotadas.

El edificio Wissler estaba situado en Los Palos Street y era una obscura construcción de treinta años atrás, alquilada por apartamentos, pero de escasa categoría. Detuve el «Ford» ante el 527 y miré en el vestíbulo el que pertenecía a Louis Buck, doncella de Doris Anderson y que por dos veces había manifestado deseos de hablar conmigo.

Su apartamento era el 121 y el ascensor me llevó hasta el pasillo correspondiente, donde esperé a que desapareciese para evitar que el botones supiese a dónde me dirigía.

Recorrí varias puertas antes de ver la 121. Estaba cerrada y no parecía escucharse ruido alguno en su interior. No obstante, llamé. Casi al instante la puerta se abrió y una mujer de edad mediana aunque todavía joven, quedó enmarcada. Era poco agraciada y vestía con ropas confeccionadas en uno de los centenares de bazares especializados en vestidos femeninos que había en San Francisco, miró atentamente antes de pronunciar una palabra y pude notar inquietud en sus ojos. Al fin sus labios se distendieron al decir:

—¿Tino Rey, si no me equivoco?

—El mismo, señora Buck —dije.

—Señorita —me rectificó.

Dio un paso atrás y permitió que entrase. Luego de cerrar cuidadosamente, me indicó un gastado sillón.

—¡Estaba verdaderamente inquieta, señor Rey! —exclamó—. Por dos veces intenté comunicarme con usted y...

—Espero que no sea nada urgente —la animé.

—No lo sé, señor.

—Bien —esperé—, estoy a su disposición. ¿Le importa que

fume?

—Puede hacerlo.

—¿Para qué deseaba verme?

—Empezaré por el principio, señor. Quedé muy impresionada por la muerte de la señorita Anderson. Era una buena mujer y... La tarde anterior estuve en su villa de Sausalito para limpiar y ordenarlo todo... —Estaba verdaderamente turbada o atemorizada porque no dejaba de torturar sus manos ni un momento—. La señorita Anderson me dijo que se encontraba en peligro y que si podía hacerle un favor. Le dije que sí. Entonces ella me informó de que le había escrito a usted pidiéndole ayuda y que si quería echar la carta al correo; naturalmente, lo hice. Pero antes de marcharme de casa, me entregó un sobre que cerró cuidadosamente pidiéndome que lo escondiese como si fuese un tesoro. Que no tuviese ningún descuido con él y que lo guardase en mi casa hasta que ella me lo pidiese otra vez. No me dijo qué era ni me dio más explicaciones. A la pobre señorita Anderson la apreciaba mucho porque solía darme dinero además de mi sueldo para que mi madre, que está en el hospital, viviese mejor y... —Una lágrima grande como un garbanzo rodó por las tersas mejillas, que no habían conocido caricias masculinas, y luego levantó sus ojos hasta mí. Al día siguiente me enteré de su muerte... Empezó a preocuparme ese sobre... Es por lo que le he llamado, señor Rey. ¿Qué cree que debemos hacer con él?

El corazón me golpeaba dolorosamente bajo mi pecho y apenas pude pronunciar:

—¿Quiere dármelo, señorita Buck?

Se levantó, pero en aquel instante la puerta exterior se abrió bruscamente, sin duda con una llave maestra, y dos individuos altos y mal encarados, con anchos hombros, irrumpieron en la habitación revólver en mano.

—Dénoslo a nosotros y todo irá bien —tronó aguardentosamente el más cercano.

La mujer exhaló un débil chillido y creí por un momento que iba a perder el conocimiento, pero se agarró al respaldo de una silla y pudo mantenerse en pie.

Mientras, empecé a descruzar las piernas y aplasté cuidadosamente el cigarrillo contra el cenicero. Luego, me

incorporé.

—No te muevas, Tino —me advirtieron—. Te encuentras perfectamente bien ahí.

—¿Tú qué sabes? —respondí con mi mejor sonrisa.

—Lo sabe esto —esto era el revólver que empuñaba con fiereza.

Me encogí de hombros como si no fuese conmigo y todo se tratase de una deliciosa broma.

—¿De qué zoológico os habéis escapado, muchachos?

El más adelantado soltó un juramento y vino hacia mi dispuesto a madurarme la cabeza a culatazos. Le dejé venir con satisfacción, como si en lugar de él se tratase de la Marilyn dispuesta a acariciarme la barbilla. Cuando estuvo a menos de medio metro levanto su brazo armado para descargarlo con todas sus energías, pero no contó con que yo no iba a consentirlo. Mis movimientos fueron dobles y simultáneos. Mi rodilla derecha entro violentamente en contacto con su bajo vientre y un gemido estertoroso se escapó de sus labios súbitamente pálidos. Mientras, mi mano izquierda cogió su muñeca por la parte interna al tiempo que así con la derecha el codo torciéndole el antebrazo en sentido inverso, y haciéndole llevar el codo derecho hacia su corazón. El orangután empezó a chillar, pero no sentí piedad. Seguí apretando hasta que un chasquido indicó que su brazo se había dislocado y entonces lo solté, desplomándose al suelo como un fardo y gimiendo como una criatura.

Louis Buck empezó a chillar y el segundo matón lanzó contra ella una silla que alcanzó a la mujer de plano arrojándola al suelo. Al mismo tiempo se abalanzó sobre mí para sorprenderme cobardemente. Apenas pude volverme, a tiempo de parar su culatazo con mi antebrazo. Le así la muñeca y tiré de él arrojándome al suelo al mismo tiempo y proyectando mis pies contra su estómago. El impacto le quitó el resuello y perdió la pistola en su vuelo hasta chocar con la pared. Por mi parte, mi espalda arqueada sirvió como un balancín que me permitió incorporarme con el mismo impulso de la caída. Mi enemigo se incorporó pesadamente, pero no derrotado todavía.

Mas no me atacó en tromba como la vez anterior, sacó una navaja de resorte y se inclinó arqueando los brazos. Luego, empezó a avanzar lentamente midiendo mis movimientos. Le esperé dando

vueltas en el mismo sentido que él. Si me descuidaba un solo instante, podía arrojarme el acero o dar un salto para clavármelo con su propia mano... y eso no entraba en mis planes.

De pronto, se decidió. Dando un grito salvaje intentó apuñalarme de abajo a arriba el vientre. Mi antebrazo izquierdo lo evitó y el acero abrasó mi carne rasgando tejidos y venas en su movimiento ascendente. Sentí como si una brasa hubiese recorrido mi brazo y mordí mis labios para contener el dolor al tiempo que con mi mano derecha hacía presa en sus dedo.

El pulgar lo pasé por entre el corazón y anular y así apretando el primero, le hice una violenta torsión.

Un chasquido escalofriante demostró que había sido roto. Su mano armada soltó la navaja e intentó conectar un, furioso «uppercut» en mi barbilla, pero salté hacia atrás y lancé mi brazo sano con los dedos rectos contra sus ojos. No quise dejarlo ciego y mi golpe fue leve, pero el dolor casi le desvaneció. Un golpe de través con el canto de la mano en su cuello acabó con él.

Era hora. Había perdido muchísima sangre y me sentía débil. La chaqueta y la camisa estaban empapadas y en el suelo se había formado una amplia mancha roja. Levanté el brazo por encima de mi cabeza para cortar en lo posible la hemorragia y miré hacia donde Louis Buck intentaba levantarse del suelo, intensamente pálida. Lo consiguió al fin y...

—¿Está herido?

—¡Claro que sí! —respondí abruptamente—. ¡Vamos, dese prisa si no quiere que me desangre! ¿No sabe curar una herida?

La mujer intentó hacerlo lo mejor que pudo, aunque sus nervios no eran capaces de dar más de sí con la presencia de dos hombres inconscientes y heridos en lo que antes había sido su *living* y ahora parecía un desván.

Momentáneamente la hemorragia quedó cortada que era lo interesante. Cuando lo hubo conseguido, la apremié:

—Y ahora, ¿quiere darme ese sobre?

Fue hasta su dormitorio y revolvió en su armario hasta encontrarlo. Luego me lo tendió murmurando entrecortadas oraciones.

Era blanco y fuerte, y en su dorso dos sellos de lacre rojo prevenían contra una posible violación. Aquello me importó un

pepino y lo rasgué. En su interior sólo había una cuartilla que decía:

«Los billetes se encuentran enterrados al pie del buzón telefónico número 28 en el sector de Glacier Point, en el Yosemite Área».

Sólo eso, pero bastaba, guardé en mi cartera y pedí:

—¿Quiere llamar a la policía y explicarle lo ocurrido aquí? Vendrán inmediatamente y se llevarán *eso*.

—¿Me va a dejar sola? —Se asustó.

—Necesito un médico y una transfusión con urgencia. La policía vendrá inmediatamente y éstos no pueden hacer daño ni a una mosca. No obstante, llame a algún vecino si tiene miedo.

Un minuto después luchaba con el volante para conducir mi «Ford» por entre el tráfico vespertino de San Francisco en busca de un matasanos.

CAPÍTULO VIII

Terminado de colocar el vendaje después de la transfusión de sangre y la eficiente cura, el médico dijo lavándose las manos en la pileta:

—Llamaré un taxi para que lo conduzca a su casa y se acueste. Hasta dentro de dos o tres días no debe moverse de la cama. Pasaré a visitarle.

—Sólo quería de usted que me curase, doctor. Ese consejo no pienso seguirlo.

—No haga locuras, joven —dijo mirándome por encima del aro metálico de sus gafas—. Es mucha sangre la que ha perdido y...

—¿Cuánto le debo?

Me di cuenta lo débil que estaba bajando la escálela de aquella casa vecinal. Abajo tenía el coche y cuando me recosté en el asiento me sentí mejor. Tenía el brazo izquierdo vendado y en cabestrillo por lo que estaba completamente inútil... precisamente cuando más iba a necesitarlo.

Pisé el acelerador y salí conduciendo con una sola mano. Los anuncios de neón enloquecían con su agitado frenesí y frecuentemente tenía que cerrar los ojos unos instantes para recobrar la serenidad. El brazo me dolía y notaba las rodillas muy débiles. Demasiado para mi tranquilidad.

Llegué a la tienda que me interesaba y alquilé un «*smoking*» que logré ponerme gracias a la ayuda del propietario, un viejo judío de nariz retorcida. Le pedí que me guardase las ropas que llevaba encima aunque no valían nada después de tanto ajetreo, y vestido decentemente salí de allí para entrar en una cabina telefónica.

—¿Jackie? Necesito tu ayuda, querida —pedí.

—¿Qué te ocurre? Noto extraña tu voz.

—Estoy herido... aunque no de gravedad. Sólo en un brazo. ¿Puedo contar contigo? Quiero que me acompañes al Yosemite.

—Desde luego, pero...

—Dentro de una hora pasaré por tu casa.

Colgué y enderecé el «Ford» hacia el domicilio de Kellog. Era un suntuoso palacete rodeado de jardines y con doble pista para entrar hasta la escalinata principal. Las ruedas susurraron al pisar la gravilla y la luz que brotaba de todas partes destellaba en las carrocerías de los cacharros estacionados por allí, excepto en el mío que estaba cubierto por dos dedos de polvo. Encontré un hueco para aparcarlo y allí lo dejé subiendo a continuación la escalera principal. Un criado de librea se inclinó ante mí con suma reverencia.

—Buenas noches, señor...

—Rey.

—... señor Rey —terminó—. ¿Su invitación, si me permite?

—El señor Kellog me invitó personalmente.

—Comprendo. ¿Tiene la bondad de seguirme?

Se volvió, pero le detuve del brazo.

—Sólo deseo entrevistarme con el señor Kellog. No me interesa la fiesta.

—Sígame, señor Rey.

No sabía decir dónde había más luz, si en las colosales arañas del techo o en los escotes de las señoras que destelleaban con los diamantes. Allí había un buen alijo para quien se atreviese a dar el golpe.

El criado me condujo por los salones en dirección a la biblioteca.

Desapareció mesurado y circunspecto y me senté en un cómodo sillón, pero al segundo estaba de pie otra vez. Me encontraba con demasiada tensión nerviosa para soportar la inacción. Pasaron cerca de diez minutos y nadie apareció por allí. De los salones llegaba el eco de una suave música y decidí salir y buscarlo por mis propios medios.

Recorrí aquel pasillo y creo que me perdí con tantas vueltas y revueltas, salones, bibliotecas y estancias por las que atravesé. Podía haber sido aquello muy bien el palacio de la más rutilante corte imperial.

Al cruzar ante una puerta, escuché rumores de voces y tuve la poca educación de escuchar. Sí, no cabía duda: era Kellog en persona. Iba a entrar satisfecho de haberlo encontrado por fin para

comunicarle la buena noticia, cuando sus palabras llegaron distintamente hasta mí... y no me gustaron:

—¿Dice usted, Brook, que ha aparecido el otro gato de Angora muerto también?

—Así es, señor Kellog.

—¿Y el collar?

—Había desaparecido. Alguien debió quitárselo.

Su interlocutor era el abogado Gregory Brook, que estaba dándole el parte de novedades.

—¡Es preciso encontrar ese collar! En él están las indicaciones para obtener los cinco millones.

—... que acaban de volar nuevamente.

—¡Hemos de encontrarlos como sea! —Estaba colérico y no se recataba en demostrarlo—. He sabido esperar durante mucho tiempo y no estoy dispuesto a fracasar cuando anda en juego semejante capital.

—Quizá ese detective, Tino Rey, puede conseguir algo... —apuntó el abogado.

—¡Tino Rey no sabe ni debe saber nada de esto! No me fío.

—Usted lo ha contratado.

—¡Como un instrumento ciego! Se portó bien en lo de Doris, pero eso no quiere decir que sea de fiar. Sólo usted y yo sabemos esto...

—Gracias por la confianza que ha depositado en mí.

—Usted es el único que no puede traicionarme, Brook, porque eso le reportaría un perjuicio ilimitado. No confío en la lealtad, sino en las armas que tengo... Y usted está bien cogido por aquel asunto de...

—¡Por favor, señor Kellog, alguien podría estar escuchando y...!

Hubo un minuto largo de silencio durante el que me contuve para no penetrar como una tromba y partirle la cara al financiero. Nunca me ha gustado que jueguen conmigo como si fuese un niño... y él lo había hecho. Bien. Yo tenía todos los triunfos en la mano y cada cual iba a bailar al son que yo tocaba. El baile comenzaba y, paradójicamente, yo era el maestro de ceremonias pese a lo que habían hecho unos y otros para que me convirtiese en un muñeco de guiñol.

Oí ruido en el interior y me apresuré a marcharme de allí sin

que me viesen. No tardé en encontrarme en los salones principales, donde la fiesta estaba en todo su apogeo y un cuarto de hora más tarde Kellog en persona apareció sonriente y pulcro acercándose a mí con la mano extendida.

—¡Mi querido amigo...! ¿Cómo está?

Ignoré su mano y me acaricié el brazo lesionado.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Un accidente del trabajo. ¿Me ha preparado el dinero?

—Desde luego que sí, pero antes permítame que le presente a mi esposa. Hoy es su fiesta y me gusta que se sienta halagada y contenta.

Era una señora más bien pequeña y blanda, de carne lechosa y algo abundante aunque el corsé lo disimulaba bastante. Me tendió una mano oculta bajo unos cuantos millones en diamantes y le besé la punta de los dedos como había visto hacer en las películas de la Edad Media. Luego Kellog me tomó del brazo exclamando:

—Venga, lino, le presentaré a mi hija que acaba de llegar hace unas horas.

Me volví... y Fanny quedó súbitamente pálida al reconocirme. Su voz se ahogó en la garganta y apenas pudo soltar un murmullo ininteligible. Por mi parte, me hallaba contento. La madeja se desenredaba cada vez más y yo tenía en mi mano todos los cabos.

—Encantado de saludarla, Fanny —dije.

—¿Se conocían ya? —interrogó curioso Kellog.

Fanny se apresuró a justificarse:

—Sí, nos vimos en la playa; esto es, en la playa de San Rafael, ¿recuerda?

Sus ojos me decían que debía recordar... y sonreí.

—Tiene buena memoria, Fanny.

Kellog me tomó nuevamente del codo sano:

—Celebro que se conociesen de antes. Fanny, ¿por qué no vas junto a tu madre? Seguro que necesitará de ti.

—Sí, papá.

Una vez en el despacho del financiero, me tendí en un sillón estirando las piernas en toda su longitud.

—¿Quiere darme algún brebaje fuerte, señor Kellog? Lo necesito.

Sacó de su armario licorero una botella de Calvert y la mostró:

—¿Le gusta?

—Demasiado caro para mis posibilidades, pero lléneme el vaso y ponga dos cubos de hielo. Gracias.

Sólo me sirvió roñosamente cuatro dedos, pero fueron suficientes para reanimarme.

—No me gusta ser juguete de nadie, Kellog —empecé.

Vi que se paralizaba su brazo en el acto de beber, para reanudar su movimiento al instante. Cuando dejó el vaso en la mesa estaba otra vez sereno.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no me gusta que me engañen. Bien. ¿Me da el dinero?

—Me levanté y tendí mi mano sana.

El banquero pasó a ocupar su sillón tras el escritorio y sacó de uno de sus cajones un talonario de cheques y desencapuchó su estilográfica.

—¿Cuánto?

—Diez mil.

—Esa cantidad se la prometí cuando terminase el caso.

—Lo he terminado. Extienda ese cheque.

—Un momento. El caso terminaba cuando se encontrasen los cinco millones.

—¿Y no los ha encontrado el picapleitos Brook? Yo me retiro para que él continúe investigando puesto que posee toda la confianza que usted le ha dado. No me haga esperar.

—Oiga, Tino ignoro si ha escuchado nuestra conversación, pero...

—La he escuchado. Es el inconveniente que hay cuando se juega con un detective. No tenemos escrúpulos ni remordimientos de conciencia. Si para obtener un secreto de alcoba tuviese que esconderme debajo de la cama, no dejaría de hacerlo. Se le va a secar la tinta si no escribe pronto.

Lo hizo y me tendió la hojita verde. Miré la cantidad, vi que estaba conforme y dejé que se secase agitándolo con suavidad entre mis dedos.

—Hay que tomar precauciones...

—Comprendo. Quiero que continúe trabajando para mí.

—¿Siendo una tapadera?

—¡Le he pagado diez mil dólares! Tengo derecho a que esté a

mis órdenes.

Moví la cabeza de un lado a otro en negativa rotunda.

—Lo siento, pero no admito eso. Siempre he sido un arruinado porque en los casos que actúo quien manda soy yo y no quien paga. Obro con todas las consecuencias y el dinero que recibo no sirve para taparme los ojos. Si trabajo en un caso llego hasta el fin; esto es, si quien me paga es el culpable, ni por todo el oro del mundo le dejo libre. Es una advertencia que siempre hago a mis clientes antes de empezar, pero usted tenía demasiada prisa cuando me contrató y no tuve oportunidad de plantearle mis condiciones.

Había hundido la cabeza en el pecho y parecía reflexionar. Debía serle duro admitir mis palabras, pero yo no acostumbraba a decir otras en casos similares.

—Está bien; trabaje a su modo.

—De acuerdo.

Y salí decidido.

Fanny estaba en el salón principal y cuando entré, la orquesta atacaba la melancolía de un baile moderno. Un petimetre iba a sacarla a bailar, pero le empujé con el codo y lo saqué de allí trastabillando.

—¿Me permite este baile, Fanny?

Iba a decir que no, pero ya mi brazo derecho la había asido prietamente alejándola de allí al compás de la melodía. Cuando estuvimos cerca de la terraza, la solté para empujarla hacia el exterior con escasa delicadeza.

—¿Qué significa esto? —preguntó temerosa.

—Significa que ya me voy cansando de que todo el mundo me mienta y esconda en su manga unas cartas que no pertenecen a la baraja. ¿Qué diablos hacia usted en Glacier Point, actuando como una cabaretera?

Se irguió tensa y silabeó:

—No tengo por qué darle explicaciones de mis actos.

—¿No, eh? —La cogí de la muñeca y la zarandé—. Estoy dispuesto a darle de bofetadas hasta que hable. No crea que porque lleva faldas y algo más va a salir libre de mis garras. Hable claro y rápido cuánto tenga que decirme.

—¡No tiene ningún derecho!

La tenía acorralada entre mi cuerpo y la barandilla de la terraza.

Mi mano no soltó su muñeca y apreté hasta que vi que iba a llorar. Entonces la solté y acaricié su barbilla.

—Cuéntemelo todo y no vaya con más mentiras a papaíto. Suele ser más listo que usted. ¿Qué hacía en el «Sequoia Motel»?

Bajó los ojos y empezó a secarse unas minúsculas lágrimas con un no menos breve pañuelo.

—Trataba de encontrar la pista de los cinco millones... —musitó.

—¿También usted? Dentro de poco hasta los turistas buscarán allí los millones esos. Estoy pensando que podría ser un buen reclamo turístico. «¡Visite el Yosemite y puede convertirse en millonario! ¡Cinco millones en dinero efectivo están enterrados en algún lugar de este maravilloso territorio!». ¿No se lo imagina?

—Es la pura verdad.

—¿Y por cuenta de quién trabajaba?

—Por propia iniciativa. Papá no sabía nada de mis actividades y...

—Continúe.

—Escuché una conversación entre mi padre y su abogado el señor Brook. Por ella me enteré que en Glacier Point estaba el dinero... y pensé que si tenía la suerte de encontrarlo mi padre no podría negarme jamás nada.

—¿Y qué es lo que le niega ahora?

—No me deja hacer un viaje a Europa con unos amigos.

—Y hace bien. Es usted demasiado niña para salir de las faldas de mamá.

—¡Antipático! —Me insultó con rabia.

—¿Es cierto lo que me dice?

—Sí.

—¿Y descubrió algo?

—Nada en absoluto...

—Sin embargo, cometió la locura de convertirse en vocalista. ¿Qué tiene dentro de la cabeza? ¿Serrín o corcho?

—¡Oh, qué odioso es usted! —me empujó violentamente y se escabulló en dirección al salón, conteniendo los deseos de llorar.

Me encogí de hombros y salí de la mansión lo más discretamente posible. Mi brazo en cabestrillo llamaba la atención y las damas enviaban hacia mí sus curiosos ojos, cuchicheando entre sí de algo

más que mi herida a juzgar por las miradas que lanzaban a mis hombros prietos por el «*smoking*».

Me costó cerca de media hora llegar hasta donde vivía Jackie. Nada más frenar junto al bordillo vi que la luz de su apartamento se apagaba y un minuto después salió del portal decidida hasta ponerse junto a mí.

—¿Quieres coger tú el volante, querida? Estoy demasiado agotado.

Salió del coche y volvió a entrar por el otro lado después de haberle hecho sitio.

Dejó en el departamento de atrás un bolso de viaje y se arregló el sombrerito.

—Es un viaje demasiado largo y he cogido unas cositas... ¿Qué te ha ocurrido en el brazo?

El «Ford» ya volaba en dirección al Bay Bridge y se lo conté todo.

—Por suerte, no habrá miedo a la infección —dijo—. ¿Qué vas a hacer en el Yosemite?

—Encontrar lo que tantos andan buscando.

—Deberías haber esperado a reponerte.

—Hay que obrar con rapidez en esto. La fruta está que se cae de madura y no puede esperar más. Afortunadamente, te tengo a ti para que me ayudes.

La miré y algo de ternura me invadió. Iba vestida con un traje de lana y un chaquetón «*sport*», pero así su cuerpo poseía un encanto estremecedor.

—Habrá que cargar el tanque de carburante —dijo—. Lo haremos en Oakland.

Cuando paramos ante un poste de gasolina fui a llamar por teléfono.

—¿Capitán Banner?

—¡Tino Rey! —chilló—. ¡Preséntate inmediatamente en mi despacho!

—¿Qué ocurre?

—¡Ocurre que...! —Se ahogó por la indignación y respiró hondo. Sólo así pudo decirme—: Ocurre que uno de mis agentes ha reconocido en ti a la persona que vio salir de la residencia de Doris Anderson el día que fue asesinada. ¡Maldito seas, Tino! ¿Qué

pretendes hacer? ¡Ven inmediatamente o te perseguiré como a un perro rabioso!

—No se excite, capitán. Precisamente iba a decirle que todo está a punto de solucionarse y que sería conveniente se desplazase a Glacier Point.

—¡No quiero admitir más mentiras tuyas! ¿Dónde estás? ¡Ven inmediatamente o te juro que...!

Bien. Todo acababa de saltar en el aire. Lo que durante esos días había temido, acababa de producirse. No podía dejarme apresar en aquel instante supremo, así que le dije:

—¡Búsqueme en Glacier Point, capitán!

Y colgué.

Jackie acababa de pagar la gasolina y subí, arrancando a continuación. Ella me dijo:

—¿Con quién has hablado?

—Con el capitán Banner. Hay que apretar el acelerador a fondo. Si le da por dictar a sus patrullas una orden de detención, estoy perdido. Confío en que mis palabras le habrán hecho reflexionar...

—¿Cuándo regresaremos?

—No lo sé. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por Mason. Le he llamado diciéndole que me iba contigo al Yosemite y que no sabía cuándo regresaría...

La trampa estaba tendida y el cebo dispuesto. Jackie y yo éramos el cebo, cosa que empezaba a inquietarme.

Estaba anocheciendo. El sol hacía rato que había desaparecido oculto por las escarpaduras que rodeaban la estrecha hondonada en la que estaba situado el buzón telefónico número 28. Por la solitaria carretera secundaria en una de cuyas cunetas estábamos ocultos, no se adivinaba la menor presencia de vida. No obstante, en algún lugar no muy lejos, Banner y sus hombres auxiliados por los guardas forestales, aguardaban mi señal.

Todo había sido preparado con meticulosidad. Durante el día, Jackie y yo nos habíamos dejado ver abundantemente por Glacier Point y cuando salimos de allí lo hicimos sin ningún recato, para que nos siguiese con facilidad.

Y allí estábamos. Sintiendo que el corazón tamborileaba expertamente en el pecho y que la boca iba secándose por momentos.

Ni siquiera calmaba nuestros nervios el hecho de estar tendidos sobre el lugar en el que se escondía una fabulosa fortuna, perdida hasta aquel mismo instante. Todo era silencio, pero no tenía nada de pacífico. Parecía que hasta la Naturaleza supiese nuestra intención porque los grillos e insectos habían interrumpido su cántico incesante permaneciendo a la expectativa.

No podía resistir más aquello y me incorporé para sacar el teléfono del buzón y llamar.

—¿Capitán Banner?

—¿Qué hay, Tino? —respondió el policía ansiosamente.

—Nada; absoluta normalidad.

—También por aquí. Avisa cuando veas algo sospechoso.

Colgué y regresé junto a Jackie. Estaba pálida, pero resistía con firmeza mordiendo los labios de vez en cuando y sujetando fuertemente el revólver que le había dado.

Pasaron largos minutos sin que supiésemos decirnos nada. Al final, cuando la luz iba desapareciendo paulatinamente, unos faros relumbraron en la última curva del camino que conducía a la hondonada.

Levanté el auricular esperando oír la señal de marcar, pero un silencio absoluto me inquietó. Pulsé repetidas veces la palanca y no obtuve la indicación deseada. Habían cortado la línea.

—¡Cuidado, Jackie! —la avisé, soltando el auricular y agachándome para protegerme de los posibles disparos.

El coche estaba muy cerca y frenó súbitamente bajando él y dos individuos igualmente armados.

—¡Salid de ahí! —nos ordenó.

Los faros iluminaron su rostro y Jackie a mi lado, exclamó:

—¡Tú...! ¡Oh, eres tú!

—Yo soy —repuso secamente y agitando con decisión su pistola

—. ¿Dónde tenéis el dinero?

—Está enterrado al pie de ese buzón... —Le indiqué.

—¿Enterrado?

—Sí.

—¿Cómo no lo habéis sacado? ¿Qué hacíais aquí? —preguntó con un asomo de inquietud.

—Estábamos esperándote.

—Eso quiere decir...

—Que esto está lleno de policías, Mason.

—¡Malditos tramposos! —Escupió, perdida su dignidad aunque ostentaba su impecable flor en el ojal.

—¡Salgamos de aquí, Mason! —pidió uno de sus secuaces mirando nerviosamente a un lado y a otro.

—¡No! Tenemos que llevarnos el dinero. Vamos, desenterradlo vosotros mientras tengo a raya a estos dos. Hemos cortado el teléfono y no pueden avisar a los emboscados. Mientras no oigan disparos no acudirán... y les mataré cuando nos vayamos, de modo que podremos huir con sencillez.

Los dos sicarios guardaron sus armas y sacaron sendos picos cortos del vehículo, dirigiéndose a continuación al buzón, donde empezaron a cavar con frenesí.

—¡Eres tú el autor de todo esto...! —musitó Jackie asida a mi brazo y temblando de angustia.

—Yo soy. ¿No te lo imaginabas, verdad? —dijo Mason mordiendo las palabras y sin temblar un milímetro su mano armada.

—Yo sí lo sabía —tercié—, pero necesitaba probarlo... y lo he conseguido.

—¡No vivirás para contarlo!

Los picos producían un sonido metálico al chocar contra las piedras y, a menudo, lanzaban chispas al golpear el pedernal. Pasaron varios minutos y la noche cubrió el cielo de negro. De pronto, una voz resonó muy cerca:

—¡Arriba las manos! ¡Estáis cercados por la policía!



—/Arriba las manos!

Mason lanzó un juramento y apretó el gatillo. Al mismo tiempo, me arrojé sobre Jackie para tirarla el suelo y cubrirla con mi cuerpo. Sentí un latigazo en el pecho, pero tuve fuerzas y coraje para sacar mí «Smith» y vaciar el tambor en el cuerpo de Mason que se contorsionó violentamente, como un monigote de guiñol movido

por manos inexpertas.

Después, nada.

EPÍLOGO

Estaba en la cama, rodeado de paredes blancas y oliendo a antisépticos. Me sentía extrañamente lúcido y recordándolo todo con sencillez.

—¿Estás mejor?

Era Jackie que me pasaba un perfumado pañuelo por las sienes para secarme el sudor.

—Dispuesto a empezar otro caso.

—Ahora deberás esperar —dijo con firmeza—. Banner, Kellog y un montón de gente está ahí fuera deseando que recobres el conocimiento para interrogarte. Llevan una semana esperando y tienen los nervios rotos.

—¿Una semana? —me escandalicé.

—Sí; justamente el tiempo que llevas hospitalizado. Pasabas de la inconsciencia al delirio y no había forma de hacerte reaccionar, pero al fin lo hemos conseguido.

La miré y entendió. Sus labios rozaron suavemente los míos y me sentí capaz de una heroicidad.

—Diles que entren.

Se llenó la habitación de gente. En primera fila estaban Banner, Kellog, Fanny, Brook, Jackie y Davidson —socio de Kellog— al que me presentaron.

—Bien, amigos, les agradezco mucho su deseo de que me reponga y como muestra de que soy sincero, les obsequio con esta narración de primera mano: Todo empezó cuando recibí una carta de Doris Anderson pidiendo que la visitase para buscar a uno de sus gatos. Lo hice y estuvimos charlando amigablemente hasta el punto de que su collar de perlas se rompió y tuve que darle un sobre para recogerlas provisionalmente. Ese sobre era el que ella misma me había mandado con un cheque de cien dólares dentro como anticipo. Me prometió más si buscaba a «Pitusa»; demasiado dinero

por una gata. Sus sospechas se centraban en Popy, un marinero chiflado por los gatos y fui a su cabaña. La entrevista fue significativa, pero estaba yo demasiado preocupado para darme cuenta de lo que el pobre viejo quiso decirme. Habló de diversas cosas sin fundamento, y entre ellas deslizó una pregunta: «¿Por qué no lleva una flor en la solapa?». Era una indicación de la personalidad del que andaba detrás de todo esto. Calculo que Mason contrató a Popy para que robase a «Pitusa», aunque utilizando quizá diferente expresión. El viejo lo hizo encantado porque amaba a los gatos, pero seguramente a última hora debió hacer de forma que «Pitusa» regresase junto a él. En su conversación conmigo dijo también: «Si ve a su amigo, dígame que me debe veinte dólares». Esto indicaba que había dinero por medio y que Mason no había acabado de pagarle lo prometido, pero como he dicho antes, nada de esto me explicó gran cosa en aquel momento. Regresé a la casa de Doris y la encontré muerta. También a «Satán», su otro gato, que había sido matado de un balazo cuando estaba a punto de escapar por la puerta de la cocina. Su lazo rosa estaba violentamente arrancado, pero tampoco aquello fue significativo para mí. Me marché y fui a comer a Pixley. Allí me encontró el señor Kellog y me contrató para que fuese a buscar sus guantes de conducir. No quería aceptar, pero él me dijo que al estar en la villa de Doris y encontrarla asesinada, vio también el sobre dirigido a mí y con el matasellos de la tarde anterior. Era una acusación demasiado grave y no tuve más remedio que visitar el lugar del crimen y recoger ambas pruebas, pero entonces me percaté de que alguien había estado otra vez allí, y había llevado a cabo un concienzudo y violento registro buscando algo. ¿Qué podía ser? Regresé y charlé con el señor Kellog quien me puso en antecedentes de todo el asunto tal y como él lo conocía. Quiso que yo investigase y empecé por volver a la cabaña de Popy. Llegué a tiempo de recibir un buen porrazo porque estaban raptando al pobre viejo. Hubo un tiroteo, maté a un pistolero y Popy desapareció sin que hayamos vuelto a verle hasta después de muerto con el cadáver de «Pitusa» a su lado.

Hice una pausa y Jackie me tendió un vaso de agua, Bebí ansiosamente y proseguí:

—Es preciso hacer un inciso para retrasarnos tres años en el

tiempo. «Loco» Hansen estaba casado con Doris Anderson, pero ésta era demasiado ambiciosa para soportar una vida vulgar y se separó de él exigiéndole un buen golpe si quería que regresase. «Loco» Hansen lo dio: cinco millones robados limpiamente de las oficinas generales de Kellog & Davidson.

Para ello tuvo que matar a dos empleados y un policía, huyendo hacia el este y refugiándose en el Yosemite. Pero el F.B.I. y los guardas trabajaron bien y los coparon. Ninguno se quiso rendir y murieron. Sólo uno logró filtrarse por entre las mallas de la policía: «Baby» Arnold, un muchachito secretamente enamorado de Doria a quién le llevó dos gatos, recuerdo sentimental de su marido. Pero esos gatos tenían sendos collares en lugar de lacitos. Collares en cuyo interior «Loco» Hansen metió las indicaciones oportunas para que su mujer, de la que estaba perdidamente enamorado, pudiera encontrar los cinco millones y darse una vida fastuosa a costa de su banda y él mismo.

Todos guardaban un atento silencio y sus ojos estaban fijos en mí.

—Regresemos al principio. Cuando volví a la casa de Doris para recobrar mi sobre y los guantes del señor Kellog, lo habían revuelto todo. ¿Por qué? ¿Por qué, también, habían matado a un indefenso gato y le habían arrancado el lazo? Se responde de una sola forma: El asesino mató a «Satán» porque se le escapaba, le arrancó el lazo y le quitó el collar oculto bajo el primero, seguro de que dentro estarían las explicaciones que buscaba. Y se lo llevó. Pero no fue así. Como tampoco tenía a «Pitusa» pues Popy se la había quitado secretamente después de dársela y antes de que él tuviese tiempo de observar el collar que llevaba debajo del lazo, tuvo que volver al lugar del crimen esperando encontrar las indicaciones bien escondidas, pero no consiguió nada. Entonces raptó a Popy sospechando que él se había llevado a «Pitusa». Consiguió por fin a «Pitusa» y examinó el collar, pero no consiguió nada tampoco y mató a Popy. Pese a sus crímenes, nada había obtenido. Yo vi claramente su desorientación, pero nada en su forma de obrar me indicaba claramente de quién podía tratarse. Sospeché de usted, señor Kellog, porque era el culpable ideal. ¿Quién iba a pensar que usted podía ser el responsable de todo esto? Y al mismo tiempo,

¡qué magnificas oportunidades había tenido para cometer los crímenes! Sin decir nada a nadie se había lanzado a la búsqueda de los cinco millones, cercando cada vez más a Doris.

—¡Es... inaudito! —exclamó pálido.

—Pero una cosa me hizo dejarle a un lado: un simple cabello negro.

—¿Un cabello negro? —preguntó atónito el capitán Banner.

—Así es. En la alcoba de Doris, sobre el tocador, había un peine. Un peine que tenía unas hebras de pelo rubio pertenecientes a Doris, unas grises sin duda de Kellog, y una o dos negras... Eso indicaba que alguien más que usted había estado allí. Alguien que se había peinado. Para estrangular a una persona, aunque sea a una mujer, se necesita hacer violentos movimientos que despeinan con facilidad... y Mason era demasiado presumido para permitir un mechón mal colocado.

—¿Cómo sospechó de él? —inquirió Davidson con temblorosos labios.

—No lo sé. Hasta ahora había indicios que le señalaban, pero nada en concreto. Quizá fue la tarde que en mi despacho dije que tenía que trabajar. Él se burló diciendo que por la noche no se trabajaba y yo comenté: «Uno no sabe lo que puede hacer un marinero chiflado». Media hora después raptaban a Popy. Después, Jackie me dijo ante él que la doncella de Doris había preguntado por mí insistentemente. Cuando fui a su casa para averiguar qué es lo que quería, aparecieron dos tipos a los que tuve que dejar fuera de combate y que me hirieron. Louis Buck me dio un sobre que Doris, mujer inteligente hasta el fin, le había pedido que le guardase en previsión de lo que ocurrió indefectiblemente. Por último, la noche en que Jackie vino conmigo al Yosemite para desenterrar el dinero, llamó inocentemente a Mason para decírselo, con objeto de justificar su falta de asistencia, a la oficina. El resultado ya lo vieron ustedes...

Allí estaba casi todo dicho. Pero aún faltaba algo que se apresuró a preguntar el capitán:

—¿Y qué relación tenía Mason con todo esto?

—Era hermanastro de «Baby» Arnold. Lo averigüé preguntándoselo a mi amigo Mize Edwards del «San Francisco News». Es el mejor periodista de sucesos y su archivo puede

rivalizar con el de la policía. Sin duda «*Baby*» Arnold cuando vino a San Francisco para traerle los gatos a Doris, visitó a Mason y le contó el motivo de su visita. Éste se sintió picado por la ambición y...

Cerré los ojos fatigado. La narración había extenuado las pocas fuerzas que tenía después de la herida recibida en el Yosemite, y Jackie así lo comprendió.

—¿Quieren salir de aquí? ¡Tino está demasiado débil para soportarles por más tiempo!

Estuvo un poco dura pero me pareció maravillosa. Era la mujer de temple que siempre había anhelado. Todos desfilaron bajo el imperativo de su mirada a excepción de Kellog y Davidson que se retrasaron deliberadamente. El último dijo:

—Estamos muy agradecidos de sus servicios, señor Rey, y queremos premiarle por haber encontrado el dinero. ¿Tendrá la bondad de aceptar esta pequeña muestra de nuestro agradecimiento?

Salieron. La «pequeña muestra» era un cheque verde, crujiente y maravilloso por valor de cincuenta mil pavos. Estuve a punto de irme al otro barrio de la impresión. Jackie se lo guardó despóticamente en el escote y no tuve más remedio que decirle:

—Dijiste que necesitaba alguien que cuidase de mí. ¿Quieres ser tú?

—¿Qué crees que he estado haciendo durante esta semana?
No creí nada porque sus labios me lo impidieron.

FIN



Max Harlan contempló con sonrisa burlona el negro cañón de la pistola. Luego su mirada se posó en el rostro del hombre y murmuró:

—¡Vaya angelito me envían!

Este es uno de los apasionantes pasajes de

Bajo la piel del lobo

El más trepidante relato surgido de la pluma de

Peter Debye

¡Max le tenía mucho respeto a los muertos, por eso se quedó silencioso cuando en la Morgue se vió frente a su propio cadáver!

BAJO LA PIEL DEL LOBO

Una novela extraordinaria que

COLECCION SERVICIO SECRETO

le ofrecerá la próxima semana

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"

480. — Mark Halloran
EL HOMBRE DE DODGE

COL. "SERVICIO SECRETO"

344. — Mikky Roberts
LA RUBIA DE LOS GATOS

COLECCION "BUFALO"

177. — A. Rolcest
DOS MUERTOS SE CRUZAN

COLEC. "Salvaje TEXAS"

45. — Peter Debry
LOS MUERTOS NO MATAN

COLECCION "CALIFORNIA"

24. — M. L. Estefania
NINGUNO SE SALVO

COLECCION "PIMPINELA"

539 — Jesús Navarro
UN PERFUME DE MUJER

COLEC "MADREPERLA"

435. — Olga Mistral
LUNA DE MIEL PARA TIGER

COLECCION "ROSAURA"

379 — Armando Mandoual
SOMBRA INDEFINIDA

COLECCION "AMAPOLA"

268. — Mercedes Muntó
LA MURALLA DE HUELO

COLECCION "ALONDRA"

218. — Isabel Salasña
HORAS EN BLANCO

COLECCION "CAMELIA"

160. — Nylhama
SIETE TUTORAS...
¡Y ELLA!

COLECCION "ORQUIDEA"

129 — May Carré
UN RETRATO EN EL
DESVAN

COLECCION "CORAL"

8. — Corín Tellado
UNA CHICA DECIDIDA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona " Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires

Uno de los relatos más
conocidos del famoso
autor

JULIO VERNE

es, sin duda alguna, el
titulado



LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DIAS

¡Aventuras de un inglés excéntrico que por una
apuesta originalísima se comprometió a circundar
el globo terrestre cuando los medios de locomoción
eran aún empíricos!

LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DIAS

es el volumen que ahora le ofrece

COLECCION HISTORIAS

en su modalidad de texto e ilustraciones perfec-
tamente compaginados

¡No deje de adquirirlo!

Precio 25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡AÑO NUEVO, VIDA NUEVA!

Esto ha de ser su lema, amable lector,
si desea que el año que pronto empo-
zará, transcurra para usted felizmente
en todos los aspectos

Nosotros estamos a su lado para ayu-
darle, ofreciéndole un volumen que le
prestará notables servicios

Cómo vivir 365 días al año

36 semanas a la cabeza de los best-
sellers norteamericanos, atestiguan el éxi-
to sin precedentes de este libro excep-
cional!

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO

¡Un título insuperable!

Precio 55 ptas.

Una exclusiva para España de:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡Ya está a la venta el «bestseller» del año!

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

por

SLOAN WILSON

Durante 48 semanas consecutivas, esta novela excepcional atrajo la atención de los lectores norteamericanos que la elevaron así a la categoría de gran obra de la literatura contemporánea

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

ha sido llevada también a la pantalla, encabezando el reparto de la película figuras tan destacadas como Jennifer Jones, Marisa Pavan, Gregory Peck y Frederic March

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

¡Un título que honrará su biblioteca!

Es una selección que le brinda Colección

JOYAS LITERARIAS

¡Pídalo a su proveedor habitual!

Precio del ejemplar: 70 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

De una de las novelas más leídas
del siglo pasado

GUERRA Y PAZ

del inmortal escritor ruso

LEON TOLSTOI

surge la más asombrosa y espectacular película de nuestros días

GUERRA Y PAZ

¡El ambiente de la sociedad zarista!
¡Las luchas napoleónicas por el
dominio europeo!

GUERRA Y PAZ

¡Un título que dará prestigio a su
biblioteca!

Adquiéralo, recordando que forma
parte de la selecta Colección

JOYAS LITERARIAS

Precio: 125 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



John Lund

N.º 431 Nació en Rochester en 1913. En 1945 debutó en el cine, en el que ha destacado a través de "Sangre en Filipinas", "Casado y con dos suegras" y "Mi amor brasileño".

Foto PARAMOUNT



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 pts. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$4

